

LA VUELTA DE LOS DÍAS

Polémica venezolana en México

Juan Liscano

La polémica desatada en la prensa de Venezuela por las opiniones que Guillermo Sucre ha expresado en "Los cuadernos de la cordura", la columna que publica en Vuelta, no ha terminado. En el momento de cerrar esta edición, los periódicos y revistas de aquel país siguen recogiendo opiniones en pro y en contra de los artículos de nuestro amigo. Creemos que la discusión no sólo es sana sino que se refiere a unos problemas —el de las relaciones entre la literatura y la política, el de la condición cívica y la responsabilidad histórica de los intelectuales— que no son exclusivos de ningún país y que en toda la América Latina presentan rasgos semejantes. No puede ser de otro modo: nuestras naciones tienen orígenes comunes e historias indisolubles y sus sociedades, que son parte de una misma cultura, tienen una conformación y un carácter análogos. Publicamos a continuación los comentarios que nos han enviado el poeta Juan Liscano y el filósofo Juan Nuño; ambos son amigos y colaboradores de Vuelta desde el principio.

La rotunda respuesta, negativa e indignada en su mayoría, que mereció en encuestas de opinión y en revistas, las ofensivas "Columnas de la Cordura" (?) publicadas en la muy acreditada *Vuelta* de Octavio Paz, era inevitable por parte de escritores venezolanos. Con vehemencia, equilibrio o prudencia refutaron a Guillermo Sucre y sus pocas cuerdas

opiniones contra escritores y prensa venezolanos; formuladas respectivamente en las entregas 197 y 199 correspondientes a los meses de abril y junio de este año. En la revista *Vuelta* número 202, reitera su ofensiva pero esta vez alude directamente a personas y a diarios, y deja al descubierto un motivo político.

Haré lo mismo a lo largo de la crítica de sus tres artículos. Lo repito, en oposición mayor a la cordura, la cual, por lo demás nunca ha regido la vida de Guillermo Sucre desde que lo conozco, es decir desde 1949. Sea dicho de paso, tuvimos una amistad rica hasta 1967, cuando se retiró abruptamente de la revista *Zona franca* que habíamos fundado juntos. Menos de 10 años después me repudiaba, con súbitos acercamientos momentáneos por motivos ajenos a cualquier aprecio hacia mí. Hasta que sus diatribas disimuladas tras razones políticas y de comportamiento intelectual, denotaron para el más lerdo, aversión incontenible. Me lo esperaba. Pero no sospeché que esa aversión iba a dar lugar a una crítica virulenta contra el sector intelectual y la prensa que libró gran batalla de oposición contra el gobierno de Carlos Andrés Pérez, cuyos peculados, despilfarros, endeudamiento, acciones corruptoras y delirio egocéntrico no sólo contribuirían a la quiebra fiscal del Estado, sino al inmenso desorden que casi siempre ha prevalecido en la administración pública de mi país. Aquella oposición constante, en determinados

aspectos ductores encabezados por Arturo Uslar Pietri y quien esto escribe, y el descontento mayoritario de la población traducido a manifestaciones y manifestos, huelgas y motines universitarios, dos intentos de sublevación militar y un frente periodístico de denuncia sostenida, llevaron a una acusación formal apoyada en uno de los mil peculados de Pérez, por parte de la Fiscalía y a la suspensión absoluta de éste en la Presidencia de la República, decisión de la Corte Suprema de Justicia aceptada por el Congreso.

De modo que lo primero por reajustar en los escritos de Sucre, son los sucesos políticos acontecidos en Venezuela, en particular, los de los meses de marzo, abril, mayo y junio en los que se jugó el destino presidencial de Carlos Andrés Pérez y también el del ex presidente Jaime Lusinchi, cuyo antejuicio de méritos se añadió al de su compañero de partido y de generación. Dentro de la inmensa relatividad de los hechos políticos regidos, en general, por intereses personales, de partido y de lucha por el poder, el triunfo de la oposición contra aquellos dos dirigentes de Acción Democrática, cuya personalidad sin virtudes éticas pero sí hábil en el manejo político subalterno de la *nomenklatura*, se impuso durante 20 años, significó no sólo un triunfo institucional, sino el punto de partida de una posible rectificación estructural de la democracia, desvirtuada, en Venezuela, por la predominancia bipartidista. No es éste el sitio ni el momento de prolongar estas consideraciones políticas sobre la actualidad venezolana pero sí de señalar que ésta ha sido una de las motivaciones determinantes de las columnas de Sucre escritas, por lo demás, las dos primeras en coincidencia perfecta con la lucha librada. Sucre se limita a flamar contra los escritores opositoristas, sin aludir a la corrupción del sistema combatido y a sus vicios, la acusación de haber fomentado las sublevaciones militares, por lo demás frustradas. Esto nos remite a un problema intrincado: el de los fines y los medios.

En 1945, Acción Democrática se alió a una conspiración militar para derrocar al gobierno liberal de transición hacia la plena democracia, del general Medina. El adolescente Guillermo Sucre de esa época aplaudía las obras de su partido. Cuando se volteó la tortilla, en 1948, y los aliados castrenses tomaron el poder, Sucre, de 15 años, repudió el gobierno autoritario de facto, y pasó, junto conmigo, a la oposición. En ella coincidimos hasta el derrocamiento de la misma, en 1958. Él contaba 25 años y yo 43. En ningún momento dicha oposición rechazó la conspiración militar. Más de un resistente murió en las intentonas fracasadas. De modo que aceptar como un mal necesario, la intervención militar, signa a un país que desde su separación de la Gran Colombia hasta la Revolución Libertadora de 1903, sumó, según el cómputo de Antonio Arráiz (1903-1962), poeta de la renovación de la poesía en 1924, narrador, ecólogo, geógrafo, preso en las cárceles de la dictadura de Juan Vicente Gómez desde 1928 hasta 1936, la cantidad de 166 revueltas armadas las cuales ocuparon 8 847 días sobre 27 027 de autonomía política. Si a esa cuenta se añaden los alzamientos contra Gómez; el golpe contra Medina, en 1945, muy cruento; los años del alzamiento guerrillero castrotrista entre 1959 y 1963, cuando el Dr. Rafael Caldera aplicó una política de pacificación aceptada por la izquierda; los alzamientos militares contra el gobierno de Betancourt, se advertirá una de las razones de la incipiente productiva venezolana y la incuria de Sucre en materia de historiografía.

Su actitud salomónica y maniqueísta de dividir la inteligencia venezolana en buenos y malos no sólo es primaria, pretenciosa: necesita para sostenerse y disfrutar de autosuficiencia ignorar hechos de la realidad, en este caso, política.

A la torpe motivación política maniqueísta mal expuesta y mal manejada se añaden factores de apreciación egocéntrica también dualistas: "Así que la otra inteligencia me conoce bien y sabe que nunca he practicado el rastro halago —ese mal que tanto ha corrompido la vida misma venezolana. Ha corrompido hasta lo que Liscano llamó la fraternidad entre los artistas".

La cosa no es para tanto. Ni Sucre ni la inteligencia venezolana contemporánea practican el halago rastro. Más bien la vida cultural de Venezuela expone un

individualismo francotirador poco inclinado a rendir reverencias intelectuales, capaz de irrespetar con liviandad a figuras consagradas del arte y de las letras. La anarquía histórico-política descrita y poco divulgada, hace mellas en las letras. No se rinde culto a quien vale. A lo sumo se busca una adaptación para la sobrevivencia económica. La historia de las letras venezolanas está hecha, en parte importante, de exilios, soledades, reconocimientos *post mortem*. Bello, Simón Rodríguez, Pérez Bonalde, Picón Salas, Pocater, Antonio Arráiz, Salustio González Rincón, Ramos Sucre, Teresa de la Parra, Gallegos, Uslar Pietri padecieron exilios o se autoexiliaron. Picón-Salas calificó una vez de madrastra a Venezuela. Miguel Eduardo Pardo (1868-1905) publicó en 1899, una terrible novela sobre la Caracas de comienzo de siglo y se desterró a Europa para morir fuera de su país.

Actitudes poco lúcidas como las de Sucre abundan en un país que, en mi opinión objetiva, no se ha llegado aún a realizar, pese a la bonanza petrolera, a las montañas de hierro, a las materias primas que no sabe procesar. Las carencias venezolanas son inmensas dentro de una riqueza natural envidiable. El chiste de que Dios le dio de todo a Venezuela, pero lo contrarrestó con el venezolano, forma parte de un desencanto popular presente en la Conseja, en la revisión actual historiográfica, en la literatura y en el humor colectivo. Este desencanto, lo sé, no es exclusivo del venezolano, sino de todos los pueblos iberoamericanos, pero algunos gozan del respaldo de una cultura precolombina majestuosa, como México y Perú, o bien como Argentina y Uruguay, han podido navegar un poco en la ilusión de ser europeos, más que americanos. Además, esas repúblicas constituyeron durante la Colonia legendarios virreinos que, hasta cierto punto, recibieron de la metrópoli bienes culturales, políticos e institucionales.

He escrito insistiendo en la necesidad, para los venezolanos, de tomar conciencia de su historia, porque como lo escribió Antonio Machado, con la pluma de su heterónimo Juan de Mairena, "si aquellos polvos trajeron estos lodos, no se puede condenar el presente y absolver el pasado", y si "tornásemos a aquellos polvos volveríamos a estos lodos". La llamada "historia patria" venezolana aún no ha sido rectificada por la renovación

historiográfica, de la cual Germán Carreña Damas, ex embajador venezolano en México, constituye la cifra más destacada. En un ciclo de conferencias reunidas bajo el título de *Una nación llamada Venezuela* (Monte Ávila, 1988), escribe: "La integración representada por la Capitanía General de Venezuela, en 1777, no pasaba de ser una integración formal, precaria, todavía demasiado basada en la formulación jurídico-constitucional, si se puede decir, y de ninguna manera en la práctica del relacionamiento de núcleos de implantación que habían tenido su propio curso histórico...".

La Independencia fue obra de la oligarquía de Caracas, en un proceso que ocupó dos jornadas: la creación de la Junta Conservadora de los Derechos de Fernando Séptimo al Trono, formada exclusivamente por criollos, lo cual se logró mediante un golpe militar (el primero) que depuso al gobernador y de tuvo a las autoridades españolas, sin efusión de sangre, el 19 de abril de 1810 y la segunda, la Declaración de Independencia, el 5 de julio de 1811, obra de la juventud radical en la que se contaba Bolívar. Estas acciones dominadas por la aristocracia caraqueña motivaron, primero, desacuerdos y polémicas con los representantes de las demás provincias y, tras la Declaración de Independencia, el estallido de una guerra civil que al calor de la lucha entre criollos republicanos o realistas, se sumió en la "Guerra a muerte", una matanza fratricida sin parangón en Iberoamérica. Un cuarto de la población pereció. Haciendas y ganadería fueron saqueadas y destruidas por los bandos en pugna. La ascensión de las castas inferiores resultó indetenible en la acción guerrera. La oligarquía caraqueña perdió sus más distinguidos representantes. Toda actividad intelectual y educacional cesó. Imperó el sadismo y el saqueo. Las tropas de uno y otro bando no recibían otra remuneración que lo saqueo. Se perdieron las dos primeras repúblicas. Bolívar navegó en ese mar de sangre y tomó conciencia del desastre subversivo producido. Sentía terror de que en Venezuela pasara lo de Haití. La Gran Colombia resultó ser un sucedáneo del Virreinato de Nueva Granada. De esa manera pensó salvar a Venezuela del caos. Finalmente obtuvo para la causa independentista el apoyo del jefe de los reseros de Apure. Las primeras tropas españolas llegaron en 1816. La

contienda se humanizó. En 1824, la victoria de Bolívar y Páez en la llanura de Carabobo, confirmó la Independencia. Pero ni Páez ni la oligarquía (sus restos) aceptaron la Gran Colombia. Querían su patriecita enteramente autónoma. La tuvieron entre 1830 y el estallido sangriento de la Guerra Federal (1858-1863). Otra matanza para que las haciendas pasaran de manos conservadoras a manos liberales. Después, guerras civiles hasta que la férrea dictadura de Juan Vicente Gómez acabara con el caudillismo, impusiera un ejército nacional y reafirmara la noción de Estado y de Hacienda. La ambivalencia de la obra de Gómez debería curar a los venezolanos, y tanto más a intelectuales como Sucre, de los fundamentalismos fanáticos y el nominalismo simplista.

Cumpliendo una labor historicista y a la vez creativa, Arturo Usler Pietri evocó en grandes frescos narrativos, la Guerra a Muerte, y Gallegos, la Guerra Federal. Esas novelas, *Las lanzas coloradas* (1931) y *Pobre negro* (1937) merecen formar parte del mejor acervo narrativo-nuestro. Germán Carrera Damas, con *Boves* (1991) presta un apoyo documental impresionante al hundimiento de la primera y segunda Repúblicas ante la avalancha de esclavos en armas y de llaneros convocados por el Taita Boves contra los patriotas. Boves había nacido en Asturias y se vinculó al mundo de los reseros como simple traficante de ganado. Ejerció sobre ellos la fascinación de un Tamerlán. Por mi parte, obsesionado por la Guerra a Muerte, escribí una secuencia de su semblante, en "Fresco de la muerte histórica", de *Nuevo mundo Orinoco* (1959).

Si a esta historia bárbara sumamos el hecho de que la capitania general de Venezuela ocupó un lugar distante en los intereses de la Corona española, que sus provincias no tuvieron pasado precolumbino importante ni que la trata de negros trajo núcleos compactos de tribus africanas culturalmente desarrolladas, como los yorubas que entraron a Cuba y al Brasil, se comprenderá que la inteligencia venezolana careció de estímulos ancestrales y realizaciones creativas sobresalientes. Por otra parte, así como la Revolución Mexicana tuvo como bandera la cultura y la educación, las revoluciones venezolanas no perseguían sino el reparto de un botín inmediato. La mal llamada Segunda Independencia

por Acción Democrática, es decir, el derrocamiento del Presidente Medina, liberal y bonachón, sin presos políticos, lejos de impulsar al país hacia el desarrollo, se estancó en un populismo ineficaz y demagógico, con el intermedio de la década dictatorial (1948-1958).

Sucre, como yo, como la mayor parte de la inteligencia venezolana, formamos parte de una carencia creciente. Aquellos polvos trajeron estos lodos. El ahogo de Sucre está más acentuado por su carácter despreciativo, por sus juicios lapidarios, por su comportamiento contradictorio, todo lo cual lo lleva a aislarse. La comunicación con la sociedad venezolana se limita a su docencia. En una reacción emocional e intelectual vehementemente ante el hundimiento de una causa que fue suya, aunque nunca compartió la corruptela peculadora de A. D., y la preponderancia de opiniones de intelectuales poco apreciados por él, buscó manifestarse a su manera exclusivista, y lo hizo en una revista de tanto prestigio como *Vuelta*. Juan Nuño le criticó que buscara la protección de *Vuelta* cuando cualquier publicación venezolana hubiera dado cabida a sus críticas. Sin

embargo, gracias a ese recurso, Sucre fue oído en una colectividad que lo desatendía. Nada de nuevo dijo. Los venezolanos solemos autocriticarnos con saña. Pero haber gritado su indignación en parte comprensible y en parte de un subjetivismo inaceptable, desde México, le brindó ecos inesperados. A estas páginas limitaré una polémica que aporta poco al esclarecimiento de las crisis y carencias venezolanas, aunque Sucre vuelva a ejercer su cordura contra mí o contra lo que sea.

Nota. Como información complementaria a la de Sucre, señalo que apoyaron sus planteamientos críticos: Salvador Garmendia, Elías Pino Iturrieta, Fernando Rodríguez, Alejandro Oliveros y Anibal Romero, del entorno de este último de Pérez. Objetaron sus críticas desde diversos puntos de vista: Juan Nuño, José Balza, Rafael Arráiz Lucca, Oscar Rodríguez Ortiz, Denzil Romero, Eduardo Liendo, Eduardo Casanova, Manuel Bermúdez, Juan Carlos Santaella, Luis Barrera Linares, Armando José Sequerra, William Tarek Saab, Earle Herrera, Manuel Alfredo Rodríguez, José Ignacio Cabrujas. Las revistas *Exceso* y *Domingo Hoy* publicaron semblanzas suyas un tanto crueles. □

¿Qué pasa en Venezuela?

Juan Nuño

Con el título genérico de "Los cuadernos de la cordura" han aparecido en *Vuelta* una serie de artículos con referencia a los intelectuales venezolanos. Si bien contienen juicios muy severos, los más importantes de esos artículos (los dos primeros) fueron escritos en clave local. Apenas un limitado grupo de escritores y pensadores venezolanos pudo barruntar de qué y de quién se estaba hablando. Por haber sido publicados en una Revista tan prestigiosa y tan difundida como *Vuelta*, sería conveniente tratar ante todo de aclarar ciertos aspectos que

faciliten su comprensión, y también ofrecer otra perspectiva del mismo asunto y saber la actual situación de los intelectuales en Venezuela.

Aunque no debería ser así, en este caso el fondo político cuenta. Lo que está sucediendo en Venezuela en los últimos tiempos no es distinto a lo que pasa en más de un país latinoamericano. Ante todo, un país agobiado por una inmensa deuda, hasta el punto de que no es exageración decir que al inicio del gobierno de Carlos Andrés Pérez (1989) la

nación estaba en quiebra. Ello obligó a la adopción de un conjunto de medidas económicas muy severas e impopulares, necesarias para enfrentarse a tan calamitosa situación. El descontento generó una revuelta callejera de cierta importancia (febrero de 1989) y, a partir de ahí, una viva y tenaz oposición a las medidas económicas del gobierno. Esa oposición degeneró en dos intentos de golpe de Estado violentos, que fueron abortados (1992). No obstante, la línea conspirativa subsistió, manifestada en escritos y declaraciones de diversos sectores. No sería aventurado sostener que el índice de corrupción administrativa no es más alto en Venezuela que en otros países, latinoamericanos o no. Lo cierto es que sirvió de acicate para que los opositores al gobierno de Pérez y a sus medidas arreciaran en sus ataques, haciendo uso de cuanto recurso se les presentaba. Así, una denuncia sobre el manejo de unos fondos de la partida secreta del gobierno fue suficiente para que, a través de los canales legales (Fiscalía General, Corte Suprema, Congreso), se lograra en mayo de 1993 la suspensión del Presidente de la República y, en septiembre, su retiro definitivo, aun antes de haber sido juzgado.

Durante los meses que precedieron a la defenestración del Presidente fueron muchos (intelectuales o no, suponiendo que el término "intelectual" sea de precisa demarcación) quienes opinaron a favor o en contra, no tanto del personaje, cuanto del sistema democrático y de la necesidad de adoptar ciertas medidas. Se supone que tal es la razón de ser del juego democrático. Algunos de los que opinaron lo hicieron con apasionamiento y aun virulencia y no es imposible que, en privado, hayan participado en reuniones quizá de carácter conspirativo, si por conspirar se entiende cambiar antes de las elecciones previstas a un gobierno democrático. Lo que lleva al meollo de la cuestión: la relación del intelectual con la política.

Para no mirar muy atrás, al menos desde Voltaire a Sartre, pasando por Gibbon, Donoso Cortés, Vasconcelos y Ortega y Gasset, el intelectual ha desempeñado algún papel en los asuntos políticos de su entorno, a veces no como tal intelectual, sino como participante activo: John Locke sufrió exilio y condena; José Vasconcelos fue desde Secretario de

Educación a candidato presidencial. Los casos recientes de Vaclav Havel y Mario Vargas Llosa probarían, si fuera menester, que hay intelectuales que hacen algo más que ser puros intelectuales. Nada de qué asombrarse. Si acaso, habría que asombrarse de que algunos se asombren y levanten una tormenta a nombre del honor de la *intelligentia*.

Venezuela no escapa a la regla del intelectual "comprometido". Es un hecho histórico que Juan Vicente Gómez, "el Tirano de los Andes", con muchos años de férreo y retrógrado gobierno, estuvo rodeado de un conjunto de intelectuales importante, desde Gil Fortoul a Uslar Pietri. Hay un nombre emblemático en la literatura venezolana contemporánea: Rómulo Gallegos. Fue desde militante de un partido (Acción Democrática, el mismo de Carlos Andrés Pérez) hasta Presidente de la República. Frente a Gallegos, los jóvenes escritores (José Balza, por ejemplo) han preferido siempre destacar como gran novelista a otro menos conocido, Guillermo Meneses, el cual fue representante diplomático del dictador Pérez Jiménez, en los años 50. La dictadura de Pérez Jiménez terminó pocos días después de que un grupo de personalidades, encabezadas por Mariano Picón Salas, hiciera público un manifiesto en su contra. Con el advenimiento de la democracia plena (1958), una buena porción de los intelectuales venezolanos se alineó con las tesis del Partido Comunista primero y de la Revolución Cubana después. Casi todos han seguido el curso del fenómeno marxista, desde la exaltación a la decadencia y el desengaño, cuando no al repudio más decidido. Desde hace al menos cuatro años, la izquierda no existe en Venezuela, ni organizativamente ni ideológicamente. Si acaso, por un lado, hay movimientos más o menos populistas y, por otro, continúan en algunas Universidades focos nostálgicos del marxismo más prehistórico, cada vez con menos resonancia e importancia. Cual especímenes de museo.

No parece necesario recordar los casos de Jünger, Céline, Pound, Orwell, Mariátegui, Gentile o Aragon, sólo por dar unos cuantos nombres paradigmáticos de que una cosa es el desempeño político (conceptual o participativo) del intelectual y otra, muy distinta, su obra creadora. Tan sólo por destacar el más

notorio: Céline fue un personaje cuando menos turbio: antisemita declarado y activo, colaboracionista durante la ocupación alemana, condenado a la hora de la Liberación. Pero al juzgarlo como intelectual, ¿se toma en cuenta eso o se atiende a lo que significó una obra como *Voyage au bout de la nuit*? Este es el punto a discutir.

En primer lugar, no se entiende el porqué de cierto escándalo en el reciente caso de Venezuela. Supóngase lo peor (algo que es sólo eso: una suposición): algunos intelectuales venezolanos han conspirado no sólo contra Carlos Andrés Pérez, sino contra el sistema democrático. Muy bien. O muy mal. Pero entonces júzgueseles como ciudadanos que practican una determinada política, no como intelectuales, que lo fueron y lo siguen siendo, buenos o menos buenos. En segundo lugar, inferir de allí que toda la *intelligentia* venezolana, además de no comportarse virilmente, está desvirtuada, si no extinguida, y que los intelectuales en Venezuela son presa del stalinismo cultural y del más fanático de los nacionalismos, además de una generalización tan abusiva como falsa, es una extrapolación valorativa. ¿Qué tiene que ver la obra del intelectual *qua* intelectual con sus opiniones o aun sus actuaciones políticas? Es posible que, en efecto, algunos intelectuales, por el hecho de tener acceso a los medios de comunicación, figuren más que otros ciudadanos en el panorama político-social del país. No sólo es su privilegio, sino su deber como intelectuales, no aislados del medio en que viven. Lo que no se puede pedir es la unanimidad de opiniones ni los alineamientos políticos inflexibles. Eso es lo que en realidad merecería el nombre de "stalinismo". Dentro del pluralismo democrático, todo es admisible: hasta las posiciones antidemocráticas. Tal es la fuerza (y la debilidad) de la auténtica democracia.

Con o sin Carlos Andrés Pérez, con o sin medidas económicas, y aun pudiera decirse y ojalá no suceda, con o sin democracia, los intelectuales venezolanos seguirán siendo intelectuales. Sería recomendable aprender a juzgarlos sólo con criterios intelectuales. Moral y literatura siempre han mezclado mal. Consúltese a Gide. □

Caracas, septiembre de 1993.

Carta de París

Cuando Europa y el arte no tenían fronteras

Jean-Claude Masson

En la planta baja del Museo de Orsay se puede ver, por el momento, una casa rosa bajo estricta vigilancia. Un farol de gas está de guardia en una esquina. Las ventanas del primer piso del lupanar están iluminadas. Un árbol izó las ramas hasta su altura: es un mirón vegetal. El alba va a rayar sobre el burdel de la Julia. Si elevamos la mirada, hay "cielo hasta decir basta" y "estrellas como para marearse mirándolas". Esa noche, en la casa de citas, mataron a Francisco Real, un tipo del norte. De una puñalada en pleno pecho.

William Degouve de Nuncques le contó esta historia a Borges, quien la utilizó en *El hombre de la esquina rosada*. Al decidir la escenografía de su cuadro *La casa ciega o la casa rosa*, De Nuncques, a su vez, se inspiró en un cuento de Poe: *La caída de la casa de Usber*. El cuadro data de 1892. Durante años, recorrió la imaginación de Magritte, quien, en 1958, dio su propia versión: *El imperio de las luces*. El farol ya no está a la izquierda del espectador, sino al centro; el árbol ya no se encuentra a la derecha, sino a la izquierda, al igual que la única ventana iluminada. Mientras en el cuadro de De Nuncques era noche cerrada, en el de Magritte, al igual que en el cuento de Borges, el alba se mezcla con la oscuridad. Con todo, donde el escritor puso estrellas, el pintor hizo nubes.

Si tuviera que añadir una variación a la eterna historia de la casa rosa —metamorfosis de una metáfora de amor y muerte—, no haría salir, por las ventanas veladas, las milongas de Borges sino, no sé por qué, las notas tenues, apagadas, de la *Sonata número dos* de Fauré. A esa casa le faltan un piano y un violín.

¿Quién sabe? Me pregunto si Proust no escucharía a Fauré —no en discos compactos, sólo en el recuerdo— cuando soñaba con el *pequeño trozo de muro*

amarillo. La casa rosa se volvió amarilla: como se sabe, proviene de los Países Bajos y sale, directamente, de la *Vista de Delft*, de Vermeer. Desde el siglo XIX, ciertos escritores como Gautier y Maxime du Camp no han dejado de elogiar esta obra. Proust fue más lejos: reconocía, en ella, "el cuadro más bello del mundo". Y en un capítulo de *La prisionera*, decidió que Bergotte muriera instantes después de haber mirado, de nuevo, aquel lienzo del maestro holandés y de advertir, por primera vez, "que la arena era rosa".

A su vez, Bergotte es un prestanombres: una mezcla de Ruskin y Anatole France. Por último, acabo de confirmar que *La prisionera* se publicó poco antes de la muerte de Fauré (1924) y que *El hombre de la esquina rosada*, de Borges, se imprimió (en *La historia universal de la infamia*) en 1935, año en el que falleció William Degouve de Nuncques. Sin duda, yo tenía razón: sólo le faltaba la *Sonata número dos* a *La casa rosa*.

¿Para qué desgranar todas estas fechas? ¿Para anotar meras coincidencias? O, peor aún, ¿para inventarlas, para embrollar todas las pistas en un delirio numérico? Creo que no. Nuestro siglo tiene, entre otras manías, la de desmentir a la historia, un soberano desprecio por la cronología. Se repite, con placer, que las obras hablan por sí mismas, que no necesitan iluminarse desde afuera. Es como si nuestro tiempo siempre tuviera que aislar las cosas, separarlas, amputarlas. Es cierto que, pese a su rechazo de la historia, el estructuralismo desprendió la noción de intertexto —término algo pedante para designar a las alusiones, los encuentros, los ecos, las correspondencias que las obras tejen de modo incesante y de las cuales se nutren continuamente. Ahora bien, ¿qué es el

intertexto, sino uno de los atributos de la historia: un enredo de tradiciones, mutaciones, rupturas, renovaciones? Cualquier reflexión sobre una obra literaria o artística desemboca en la relación de esa obra con otras, es decir, en una perspectiva histórica. Y, como lo acabamos de ver con los ejemplos precedentes, el tejido de relaciones y de citas, real o imaginario (el autor de estas líneas inventó la historia de Borges escuchando el relato de boca del pintor de De Nuncques, quien sí influyó, realmente, en Magritte, etc.), abarca todos los tiempos, todas las experiencias, todas las disciplinas. Y la frustración, la impresión de extrañeza que destila una exposición como "La Europa de los pintores en 1893", en el Museo de Orsay —para estrenar una Europa sin barreras aduanas, expresión más adecuada que la de Europa unida—, se debe, en buena medida, a la falta de puntos de referencia, de perspectiva, en el sentido histórico, pictórico y psicológico.

"La Europa de los pintores en 1893" reúne un centenar de cuadros, pintados en dieciocho países y agrupados bajo distintos títulos. Pero, ¿qué significan, fuera de su contexto, etiquetas bárbaras y abigarradas como "neopresionismo", "primitivismo" y "realismo social"? Estas denominaciones no sólo son aproximativas o, incluso, francamente engañosas; son producto de otra manía: la tentación totalitaria. No hay pasajes, no hay poros: es la obsesión de los cajones. Nada ilustra mejor la inadaptación entre los "ismos" (forjados, con frecuencia y no sin ironía, por periodistas) y los senderos de la creación, que la respuesta de Zola, un año después de la publicación de *La tierra*, sin duda su novela más áspera y feroz, la cual le valió que se le condenara al calabozo, con *El sueño*, un puro impulso místico. De igual modo, Huysmans pasó del retrato brutal, despiadadamente crudo, de *Las berranías* a *Vatard*, a las delirios de la noble Des Esseintes. Pero volvamos a la exposición: un extracto de *Germinal*, por ejemplo, ¿no serviría mejor a cuadros como *Una noche de buega*, de Laermans o *¡Por ochenta centavos!*, de Morbelli —cuyo tema es la condición miserable de obreros y campesinos— que el estandarte de "realismo social"? Otro extracto, firmado por Maeterlinck, tomado de *Peleas y Melisenda*, ¿no sería más elocuente, junto a obras de Moreau o de

Burne-Jones, mientras se escuchara algún recitativo de Debussy, que etiquetas tan nebulosas como "Grandes mitos y simbolismo"? Y, ¿No se podría resumir, en una cédula de diez líneas, a la entrada de la sala, los avatares de la historia de Salomé? Los cuadros sobre ese tema inagotable —uno de los *leitmotives* de la estética finisecular— podrán titularse con citas de Heine o de Wilde, de Huysmans o de Mallarmé. Y, ¿por qué no instalar un monitor en la sala, donde se proyectaran pasajes del drama coreográfico de Schmitz?

"Nabi", como insisten catálogos y libros de arte, significa profeta, en hebreo. Un grupo de artistas escogió esa palabra como bandera —y lo hizo por derrión—, pero, ¿nos aclara algo de su trabajo? ¿Cuál es el común denominador entre *Los gatos*, de Bonnard, el *Baño en una noche de verano*, de Vallotton y las piezas del húngaro Rippl-Rónai? ¿Cierta profetismo? No, algunos versos de *La tarde de un fauno*, o un aire de Sibelius. ¿Por qué un cuadro como *La tormenta*, de Sérusier, sería "modernista"? Colóquelo entre una estampa japonesa y una tira de las primeras historietas: todo se aclara. La Europa de fines del siglo XIX fue mucho más que una guerra de escuelas y tendencias, fue una suma de pasajes, una red, manifiesta o secreta, entre la arquitectura y la música, la música y el drama, la poesía y la escultura, la pintura y la ópera.

Como sea, al final de la exposición se puede ver un mapa de Europa. Hace cien años —Francia era la única república del Viejo Mundo— sólo había dos Estados balcánicos independientes: el principado de Serbia y el reino de Rumania. En otras palabras, casi toda Europa central vivía bajo el manto del imperio otomano y el imperio austro-húngaro: entre el yunque y el martillo, bajo la mirada, golosa, de los zares. El voluminoso catálogo de "La Europa de los pintores" abunda en información de tipo histórico y político. Pero, ¿no es un taparrabos? Si nos atenemos a lo que se muestra en las salas, ¿qué podemos descubrir de la otra mitad de Europa? Basta con medir algunas cifras: mientras Francia está representada por veintiséis artistas, se cuentan cinco rusos, dos polacos y un checoslovaco. Para no mencionar a los ausentes, Rumania, por ejemplo. No hay un sólo cuadro de Grigorescu —un artista que, por lo demás, vivió muchos

años en Francia—. ¿Cómo reaccionaría El Hexágono¹ si, en una exposición similar en Bucarest, los organizadores olvidaran, de plano —*mutatis mutandi*—, la obra de Cézanne o Renoir? Una vez más, la otra Europa se reduce a su porción congrua. ¿No es chocante —e hiriente, para los visitantes originarios de aquellos países— presentar, o aspirar a representar, de un modo tan mezquino, la creación artística de una parte del mundo? Y los paisajes de Isaac Levitan, o bien, de Jacek Malczewski, no sirven de bálsamo. Por el contrario, agudizan nuestro sentimiento de frustración, profundizan nuestra ignorancia. Más aún, si se considera que tampoco en este campo existe la menor alusión al comercio de ideas, a las relaciones, muchas veces de tipo personal, entre artistas venidos de todos los horizontes del Viejo Mundo. Y, ¿qué decir de las relaciones, tan estrechas, entre el arte y la literatura en una época en la cual el libro era rey? La *Revista Moderna*, en Checoslovaquia, o el movimiento *moderna*, en Croacia, por ejemplo, son inseparables de las corrientes que se desarrollaron en París, Viena o Barcelona. Los artistas de toda Europa se inspiraban en las diversas experiencias literarias, en una época en la cual las revistas acogían pintores, grabadores, dibujantes. Poco después, un poeta, Paul Dermé, fundó *L'Esprit nouveau* con dos arquitectos: Ozanfant y Le Corbusier. Pero las revistas tampoco acudieron a esta cita.

La única sala que no dejaba al espectador con hambre era la de proyecciones. Aquí se podía ver una Europa viva, encarnada, gracias a extractos de películas de los hermanos Lumière —sobre una época en la cual el cinematógrafo despertaba furor—, filmados alrededor de 1896 (muerte de Verlaine, nacimiento de André Breton). Fue una entrecortada sucesión de instantes preciosos: carreras de simones en Campos Eliseos; omnibus atiborrados, jalados por caballos, en la plaza Termini, de Roma o en la Potsdam, de Berlín; vistas de Picadilly Circus y de la plaza de San Marcos; la España de los tricórnios —y de los penitentes de Sevilla—, dos años antes del desastre nacional; bailes de niños en París y bailarinas callejeras en Londres; fogosos jinetes de Hungría y Rusia. Sombras claras, ceños

¹ Es decir, a Francia se le da este nombre por el contorno de sus fronteras.

y sonrisas, rostros graves, risueños, escépticos, hechizados por la magia del cinematógrafo, cuyo primer espectáculo público tuvo lugar, por esos días, en el bulevar de Las Capuchinas.

Inversamente a lo que todavía era a fines del siglo XIX, la Europa cultural de nuestros días está despedazada, atomizada. Por más que próximamente se inaugure el túnel bajo el canal de La Mancha, Inglaterra se aísla cada vez más: Londres le vuelve la espalda al continente. Berlín, es cierto, se unificó, pero todavía no nos ofrece nada comparable con la Meca de *Mitteleuropa*: la Babel de Döblin. Y París no deja de copiar a París. Ninguna corriente, ninguna tendencia literaria sirve de lazo de unión entre Madrid y Amsterdam, entre Praga y Milán, entre Viena y San Petersburgo. El último movimiento con vocación plenamente europea —y no sólo europea— fue el surrealismo. Hoy día, al parecer, cada capital cultural vive en autarquía. El mundialismo de la "aldea global" se acentúa cada día más, pero el cosmopolitismo se retrae. Vivimos lo que se llama la descomposición de la memoria colectiva —y de los proyectos colectivos—. Los escritores y artistas ignoran lo que hacen o piensan los vecinos más próximos. Aparecen, aquí y allá, es cierto, algunas etiquetas, vagas y dudosas, donde todo cabe. Por ejemplo, "posmodernismo". Pero nadie realmente cree en ellas. Esta pobreza de puntos de vista y de perspectivas, esta contracción espiritual, no sólo es de tipo espacial: está inscrita en el corazón mismo de las prácticas artísticas, cada vez más ajenas entre sí. A los poetas casi no les interesa el trabajo de los pintores —y viceversa—, los novelistas se encogen de hombros frente al teatro, los cinefilos y melómanos se repliegan, celosos y friolentos, a sus últimos rincones, los arquitectos y escultores, al parecer, están en vías de extinción. Y si un creador se muestra favorable a la apertura, a la ruptura de los compartimientos, se convierte, de inmediato, en objeto de una sospecha implacable. La recepción del talento proteiforme de Pasolini ilustra muy bien la morbida desconfianza de nuestros contemporáneos. Siguiendo el ejemplo de algunos pintores, atenazados con la preocupación capitalista por el rendimiento, se intenta, al parecer, aplicar al arte y a la literatura los criterios de racionalización del trabajo. Es decir, división, especialización.

Por ello, los espectáculos que nos devuelven una visión global, sintética, del arte son doblemente bienvenidos y saludables.

La ópera, por naturaleza —música, texto, teatro—, está predestinada a cumplir esta función. El género, considerado "impuro" durante mucho tiempo, condenado a desaparecer con la burguesía que le era consubstancial, ha despertado, hoy día, una significativa fascinación: es como una búsqueda de aire puro, lejos de la asfixia de los "laboratorios" de poesía y música minimalistas. Mientras escribo estas líneas, dos clásicos de la ópera contemporánea obtienen un ardiente éxito en los teatros parisinos: *Wozzeck* de Alban Berg, inspirado en la pequeña obra de Büchner, y el *Capriccio* de Richard Strauss, con libreto de Clemens Krauss y el compositor. Mi gusto se inclina por esta última "conversación musical" en un acto. En esta época de comunicación cada día se conversa menos —y menos aún, en la música—.

El argumento del *Capriccio* —*Prima le parole? Prima la musica?*— es, en cierto modo, el contrapunto de la pregunta de los pintores modernos: ¿Primero las líneas? ¿Primero los colores? Nada se presta mejor a esta disputa de la Edad Barroca que la decoración de la Ópera Garnier, "...en construcción sobre el bulevar de Las Capuchinas de acuerdo con los planos del señor Garnier. Superficie de la construcción: 11 226 metros cuadrados. Los trabajos comenzaron el primero de octubre de 1861. Costo aproximado: 16 millones de francos. (...) El escenario cuenta quince metros de ancho" (Adolphe Joanne, *Le guide parisien*, 1863). A la edad de setenta y ocho años, en plena segunda guerra mundial, Strauss puso en escena la guerra entre los gluckistas y los piccinistas. La primera representación del *Capriccio* tuvo lugar en 1942, en la ópera de Munich, poco antes de que la destruyeran los bombardeos. 1942: año de la muerte de Stefan Zweig, quien fue, con Hofmannsthal, el principal libretista de Strauss.

La acción del *Capriccio* se desarrolla a fines del siglo XVIII en un castillo de los alrededores de París. Olivier, un poeta y Flamand, un músico, cortejan a la condesa Madeleine (interpretada por Felicity Lott). El primero defiende, desde luego, la excelencia de la poesía y el segundo, la superioridad de la música. En esa época, Gluck, protegido por María

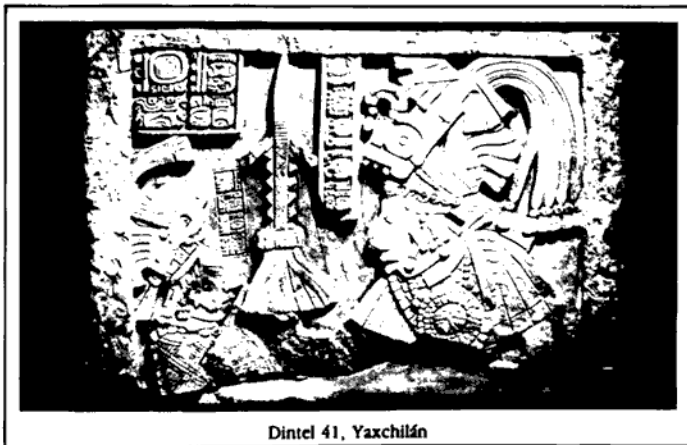
Antonieta, reformaba la ópera con una óptica francesa y Niccolò Piccini, maestro de la ópera bufa, llevaba el estandarte de la escuela italiana. La *troupe* del Grand Théâtre de Ginebra canta todo en alemán, bajo un techo pintado por Chagall, mientras en el foso, Myung-Wun Chung dirige la orquesta.

La condesa Madeleine no elegirá a ninguno de sus dos pretendientes, del mismo modo que Strauss se abstuvo de tomar partido en el debate entre poetas y músicos. La lección del compositor, al final de su vida, es que debemos guardar un equilibrio entre la tradición y la innovación. Lucien Rebatet no se equivocó en su *Historia de la música* (una golondrina no hace verano): "Richard Strauss recuerda, a nuestros días acoquejados, que las innovaciones formales no son todo, que una pieza de gran sincretismo puede ocupar un lugar envidiable en la historia". Y, concluye, si la música contemporánea no quiere "secarse, deshumanizarse por completo", tendrá que descubrir, algún día, el secreto de Strauss.

Strauss, el último de los grandes románticos, con el poderío de Wagner y la vitalidad del *Falstaff* de Verdi, llevó su *Capriccio* hasta los límites con la música atonal. Su última ópera coloca al género entre dos espejos: en el *Capriccio*, Strauss resumió al teatro lírico y a la vez, condensó la historia de la ópera. Y en esta confrontación no faltó el sentido del humor, por ejemplo, cuando el apunador sale de la concha lamentándose de su destino ("no hay un sólo aconteci-

miento en el cual, si me duermo, el público no se despierte"), o bien, cuando los actores parodian los cacareos y trinos de tenores y otros capones del *bel canto*. Strauss no sólo reconcilia la letra con la música, lo antiguo con lo nuevo: hace, al mismo tiempo, un elogio y una sátira de la ópera, una crítica del pasado —y una crítica de la crítica, por medio del coro de sirvientes—. Cita a Gluck por su nombre, al igual que propone variaciones sobre *Ifigenia en Aulide*. El poeta, por su parte, se entrega a otra variación —de un soneto de Ronsard— y los personajes discuten los méritos respectivos de Metastasio, Corneille y Couperin. Por último, Strauss encontró sitio para citarse —y parodiarse— a sí mismo. De pronto, mientras la orquesta iniciaba un tema oceánico, más allá de la memoria, me olvidé de todo: del Palacio Garnier, que Villiers de L'Isle Adam soñó con dinamitar, del techo de Chagall, de los palcos, los terciopelos, los dorados y las "luces de la rampa" de antaño, de la *troupe* de Ginebra, el director chino y la cantante inglesa (el *kappelmester* calvo y la cantante de larga cabellera), me olvidé de todo, hasta de las vecinas japonesas, que chismeaban entre ellas, cuando la condesa hizo su última entrada —y no me ayudó a encontrar el final de esta crónica cuando le dijo a su espejo: "¡Oh! Reflejo de Madeleine, ¡ayúdame a encontrar el final de esta ópera!"—. Telón: un susurro de sedas. □

Traducción de Conrado Tostado



Dintel 41, Yaxchilán

Carta de Madrid Vaguedades

Blas Matamoro

El calor del verano exalta el tono del cuerpo y lo comunica con la exaltación de las otras materias: el paisaje se calienta como nosotros y nosotros como él, fundiéndose en una misma y vaga totalidad. La pereza que se asocia al verano proviene de esta vagancia cósmica. Tan perezoso estoy al escribir estas líneas que no he corregido el pleonismo: una totalidad ¿puede haber más de una?

Lo cierto es que el extremo de sensación corporal lleva a que el cuerpo nos abruma y se nos convierta en un objeto. Un cuerpo cercado por una temperatura ambiente mayor que la suya, sudoroso y congestionado, se impone como protagonista estival de la vida. Una inmovilidad que nace de la opacidad carnal transforma el mundo en un decorado de siesta. No hacemos nada, no tenemos historia, estamos quietos en un instante pegajoso e interminable, bajo el sol veraniego que nos inmoviliza con su abusiva lucidez.

Lentamente, revuelvo unas gavetas y encuentro un apunte tomado durante una conferencia madrileña de Yves Bonnefoy, la pasada primavera. Bonnefoy habló de la poética moderna, a contar desde Mallarmé y Rimbaud (¿por qué no Lautréamont y Nerval, para no salirnos del dominio francés?). Releo las escuchadas notas y pienso que apenas hemos hecho otra cosa que aquellos en materia de teoría poética.

Mallarmé 'descubre' que el sonido es significativo y Rimbaud, que el discurso de la poesía no es el discurso de la verdad. Entonces: la palabra poética no transporta sentidos, sino que los produce. Tampoco promete decir la verdad, sino que promete lo que Bonnefoy llama 'la unidad' (el símbolo de los simbolistas). Entre el sonido y el sentido, como el pecho de aquella mujer que Valéry

pisaba entre dos camisas, hay algo, vacilación y síntesis, un *entre* donde se instala, fugaz, el sentido que la poesía produce. Digo fugaz porque no se codifica, no va a dar a ningún diccionario. Por eso no es verdad: ni verificación científica ni revelación religiosa. Más bien, lo que nos ocurre con la música y con el acto sexual. Lo son todo, pero de manera inefable, unitiva y pasajera.

Pienso que estas cosas, seguramente, pueden encontrarse antes y fuera del simbolismo francés, en Friedrich Schlegel, por ejemplo, quizás en el mismo Shelley. Son herencias románticas que los franceses han reformulado.

Es admirable esta facultad didáctica de la cultura francesa. País de académicos (es decir: de plebeyos ennoblecidos), luego república de profesores, los franceses siempre han sabido registrar sus marcas, tener sus marcas registradas. Todo lo afrancesan y, a partir de allí, lo autorizan como universal. Finalmente, los derechos del hombre y del ciudadano, lo más universal que conocemos, es una 'patente' francesa. Los franceses lo han hecho patente, lo han patentado.

Y así con la poética moderna y, después, con las vanguardias. A las categorías, nombres y etiquetas, hay que añadir el emblema. Por ejemplo: la poesía como invitación al viaje. Las despedidas portuarias de Baudelaire, el barco borracho de Rimbaud, el *steamer* que Mallarmé creía un antidoto contra el veneno del hastío que producen repetidos cuerpos y libros repetidos.

En rigor, el poeta no parte en barcos de madera o de acero. Poco le importan los puertos de escala de la geografía, salvo en el caso de los escritores viajeros que redactan *tours* eruditos y cuyo máximo ejemplo sería, también, francés: Paul Morand. No: el poeta cede

a la invitación del viaje que está inscrito en el lenguaje mismo. Se parte a un paisaje primitivo, o arcádico, u oriental, hasta que se advierte que lo primitivo ha sido descubierto, lo arcádico no existió nunca y el Oriente es un lugar cambiizado, que se aleja ante nuestra persecución. Un signo en rotación, como dice Octavio Paz que es el signo poético, ese planeta en miniatura que es la Tierra y es el cuerpo, siempre a medias iluminado y a medias oscuro, pero nunca en puntos fijos. Esta última imagen es, vaya insistencia, de otro francés, Jean Cocteau. Mi pereza estival me impide corroborarla. También me justifica. Digo que Cocteau me justifica: lo evoco tirado en una otomana, fumando opio, más quieto que un dios.

La poesía, viaje a la otredad. Para el hombre occidental, lo otro es la nada, es el silencio. *J'ai trouvé le néant* dijo Mallarmé y estalló de alegría hasta que le saltaron las lágrimas (dos figuras que jamás habría utilizado Mallarmé: soy consciente del abuso: el maestro, en silencio, sigue arrojando sus dados por toda la eternidad, comprobando que tampoco ella es capaz de abolir el azar).

Abolir, verbo defectivo. Por ejemplo: no debe decirse *yo abuelo* porque resulta un contrasentido gravísimo. Un señor que es abuelo no abuele nada, instaura dos generaciones más de gente que callará, encontrará la nada, jugará a los dados y escribirá poemas.

Un oriental hallaría, en la nada, lo sagrado. La plenitud, la infinitud, el centro y la iluminación. Un occidental como Mallarmé, como yo, como tú (no disimules, lector) sólo hallamos una cesación. Nuestra cultura exalta la plenitud y proclama el discurso como el lugar mismo donde se produce. Explicamos, damos cuenta de todo, siempre acudiendo a la palabra, la cual encierra un núcleo de vacuidad, silencio, insignificancia.

Para combatir esta falta, los occidentales apelamos al referente. El discurso porta un agujero, pero se refiere a algo lleno: otro discurso, tal vez la historia. Al encontrarse privado de palabra, el poeta moderno tiende a hacer de la poesía un trabajo privado. Otro emblema: la alcoba solitaria, la noche sobre la ciudad, el amanecer que apenas permite distinguir lo uno y lo otro, el verso que huye como un pajaraco noctívago, asustado por el sol. Bonnefoy ve en esto una renuncia a la poesía. Sustituir el poema por

el juego de dados es dimitir como poeta. Los dados se dispersan y la poesía, otra vez Bonnefoy, tiene una misión de unidad, es el momento en que tocamos la verdadera realidad y nos identificamos con ella.

Hay muchos poetas modernos que, en contra de la serena desesperación de Mallarmé, rescatan para la poesía la misión de la reunificación iluminadora, la recuperación de aquel origen en que éramos uno con el todo, en que todo era uno. José Ángel Valente lo ha hecho, en España, con finos razonamientos que provienen de San Juan de la Cruz y pasan por la cábala y el simbolismo. Lezama Lima, en Cuba.

Creo que ciertos sistemas de signos, como la música o la pintura, pueden darnos una sensación de inmediatez que nos produzca cierta confianza en lo real: estamos, al fin, ante él o, por mejor decir, en él. Pero no la palabra, al menos la palabra poética contemporánea que no es verificable ni reveladora, según Bonnefoy reconoce en sus maestros. La palabra no une, sino que disocia, porque tiene la propiedad irrenunciable de producir significados, aunque éstos sean precarios y pasajeros, como si estuvieran a bordo de un barco borracho. Son signos rotatorios que se instalan en los entresijos, grietas y rajaduras de las palabras, como quiere Octavio Paz. Restaurar la misión unificadora es pedir para la palabra poética que deje de serlo y se ponga al servicio de la religión o de la ciencia. Y allí sí que veo una dimisión y un retorno. El regreso de los magos, los sacerdotes o esos legisladores del universo que se creyeron los científicos del positivismo, en tiempos de Nerval y de Mallarmé.

Occidente: cultura de la explicación, de la explicitación. Occidente viril, expansivo, penetrante. Oriente pasivo y silencioso, sagrado en su vacuidad: femenino. Diosa de la nada que espera, tendida en su altar, la llegada del iluso conquistador.

Hay un encuentro: ocurre en la ladera este. La diosa se instala en el fondo del valle, el invasor se siente deslizar por la pendiente ¿Qué le aguarda al final de la caída? ¿Se cumplirá la promesa contenida en la invitación al viaje? El poeta habla de 'un país que se te parece' (*un pays qui te ressemble*) y se lo dice a su hijo y a su hermana, a quien lee, al que tachó de hipócrita lector, unos poemas atrás, hipócrita y con un aire de familia: hermano.

Hipócrita, creo, llamaban los griegos al actor enmascarado. Es verano: mis infalibles amigos filólogos están de vacaciones y las bibliotecas, cerradas. Demos por buena la etimología. Veamos la escena baudeleriana: el poeta y el lector son actores enmascarados. Pero la palabra poética denuncia la situación: caen las máscaras. Lo que aparece no es un par de rostros auténticos, sino una misma cara desconocida. Es el otro, el tercero en discordia. Un tercero que nunca dirá su nombre, pero que dirá su palabra.

¿Este es desenmascaramiento, esta revelación, la Revelación? Los poetas como Bonnefoy, Valente y Lezama lo afirmarían. Me permito pensar lo contrario. No hay Dios en el lenguaje. La palabra determina, o sea que niega. Dios no puede negarse, so riesgo de perder la infinita plenitud que lo caracteriza: la perfección. Para ser Dios hay que callar. Aún más: ocultarse, como prefieren San Pablo y Pascal.

Apuesto algo más, puesto que ha aparecido Pascal, gran apostador (y dejó, por vagancia, el eco apuesto/ puesto, vaya cacofonía). Si el vacío semántico es eso nomás, carencia, hiato (esto lo diría Mallarmé), discontinuidad, intervalo, cesación, entonces usamos el lenguaje en ausencia de Dios, aceptando su muerte, su inaceptable muerte. En caso contrario, Dios viene en nuestra ayuda y nos otorga las paternas seguridades que son su especialidad (por algo será): el universo es real, yo soy real, el vínculo sujeto-objeto lo es, la palabra accede a

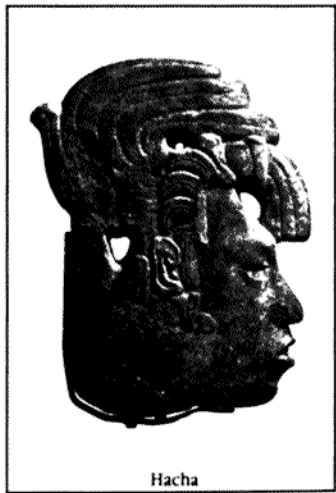
la realidad y se pegotea con ella, porque la realidad es algo que existe, organizado y razonable, aunque no haya lenguaje ni sujeto. Existía en la edad muda del universo, el Quinto Día de la Creación, y existirá cuando nos hayamos callado, de una santa vez, todos los hombres. Lo juro por Dios.

Hay, entonces, una visión mística y otra, profana, del fenómeno poético. Según el místico, marchamos hacia el silencio, la callada música en la noche oscura. Según el profano, partimos del silencio para decir una palabra, o muchas, como si no hubiesen sido jamás pronunciadas: el árbol sonoro en el Rilkeano oído de Orfeo. Místico es, precisamente, 'el que se calla'. Los orientales marchan hacia el silencio, los occidentales huimos de él. Como la Tierra es una esfera, la marcha y la fuga se encuentran al rotar los signos en torno al planeta rotario que nos sostiene, con su centro inaccesible.

Esta siesta de verano madrileño, indefectible y lenta, me recuerda muchas siestas de mi infancia en los veranos de la llanura bonaerense. Todas las siestas eran la misma y única siesta, como si el extremo de calor y de transparencia estival nos recondujeran al mismo coágulo del tiempo. En el silencio de la hora, insinuante, una paloma se ponía a arrullar, chillaba una cigarra (en la Argentina su nombre es una onomatopeya: *chicharra*). El sonido empezaba en el mundo, era la palabra de Orfeo. Yo recordaba mis lecciones del invierno: la paloma hace cuartos de tono, el trino de la chicharra es defectuoso. Yo aplicaba la censura de la retórica a la palabra del otro.

Hay, entonces, una poética en el calor veraniego. La pereza, la postración, el protagonismo del cuerpo como otro, se parecen a la aparición de la palabra en la vacuidad sonora y semántica del silencio. La mallarmeana *inanité sonore* que produce un objeto mínimo, un *bi-belot*, tal vez la sílaba primordial, el morfema (otra cacofonía).

La pereza exhibe, al menos, esta virtud. ¿Habrá sido estival el primer domingo de la Creación, la primera vez en que existió un Séptimo Día? El Creador se entregó al reposo, se sintió vago, como cualquiera de nosotros en circunstancias parecidas. Durmió la siesta. Y, en el silencio del bochorno, alguien emitió la primera y dudosa, la fugaz y orgullosa palabra humana. □



Hacha

La democracia en el Japón

Isabel Turrent

Años de intrigas palaciegas, divisiones, escándalos, debates intensos y fracasos diplomáticos culminaron el 9 de agosto en el palacio imperial de Tokio. El poderoso Partido Liberal Democrático (PLD) que dominó la vida política del Japón desde 1955, había perdido finalmente el poder. El emperador Akihito aceptó el juramento de lealtad de un nuevo gobierno conformado por siete partidos independientes y encabezado por un joven primer ministro que encarna como pocos las aspiraciones democráticas de una nueva generación: Morihiro Hosokawa. La presentación del flamante gobierno ante el emperador fue doblemente simbólica: hacía evidente la naturaleza dual de la compleja política del Japón. El emperador que sigue encarnando la identidad del país a través de rituales cuyos orígenes se pierden en el tiempo se convirtió, a la vez, en testigo y legitimador de la irrupción de una democracia moderna que ha empezado a desmontar el sistema de un solo partido que gobernó al país por 38 largos años. Representaba, en suma, el triunfo de una revolución pacífica que debe culminar con la democratización irreversible del Japón.

El avance de la democracia en el país se inscribe en una vieja tradición puramente japonesa y que es, tal vez, una de sus mayores virtudes: aceptar lo inevitable, darle un sesgo positivo y recrear lo aparentemente inasimilable hasta convertirlo en parte del alma colectiva del Japón. Los casos de este pragmatismo creador son innumerables. Los mejores ejemplos son, quizá, la difícil interacción del reino del Sol Naciente con China y la relación de Japón con el Occidente a partir del siglo XIX. En los siglos VII y VIII, cuando el Japón empezaba a colocar apenas las primeras piedras de una cultura propia, la vitalísima y milenaria

cultura china avasalló al país. Aunque el Japón nunca fue invadido militarmente por China —con la ayuda de los "vientos divinos" o tifones, los japoneses destruyeron las flotas en las dos únicas ocasiones en que China intentó atacar al país— no pudo ni quiso resistir la fuerza, riqueza y vitalidad de la cultura china. Absorbió ávidamente los rituales, el pensamiento confuciano, la cultura, todas las manifestaciones artísticas, la escritura y la religión budista. Así, en suma, prácticamente todo el modo de vida chino —con la significativa excepción de la comida— hasta alcanzar un nivel paralelo a esa gran cultura. Y entonces recreó lo aprendido hasta convertirlo a partir del siglo IX en parte integral de una tradición pujante y rica plenamente japonesa. Tradición que encarnó en el alma del país desde entonces y que es el corazón de todo aquello que los observadores superficiales del Japón consideran tan enigmático que linda con lo incomprensible.

Mucho tiempo después, cuando Japón había vivido dos siglos y medio en un aislamiento casi total, los "barcos negros" del comodoro norteamericano Perry anclaron en 1853 en la bahía de la actual Tokio. Los Estados Unidos demandaban la apertura del Japón. Después de un acalorado debate entre los ultranacionalistas —que se oponían a la exigencia de Perry— y los pragmáticos, estos últimos ganaron. A imagen y semejanza del Occidente, pero a una velocidad sin precedentes, el Japón se industrializó y se convirtió en una poderosa potencia militar para principios del siglo XX. No obstante, en gran parte debido a las dislocaciones generadas por la rápida transformación del país, los militares acabaron gobernando de hecho al Japón e involucraron a la nación en una catastrófica

guerra con Norteamérica. En 1945, los japoneses se plegaron de nuevo ante lo inevitable: la derrota frente a los Estados Unidos. En lugar de la resistencia feroz que esperaban, los militares y soldados norteamericanos que desembarcaron en las islas japonesas se toparon con un pueblo cooperativo, dispuesto a trabajar bajo nuevas reglas del juego y a reconstruir el país. Y eso fue precisamente lo que hizo.

Japón tenía un objetivo fundamental a fines de los cuarenta: el crecimiento económico. Bajo la sombra nuclear de los Estados Unidos, el país dedicó todos sus recursos a construir un sistema capitalista regulado y exportador. Levantar al Japón después de la guerra y emprender nuevamente un veloz desarrollo económico requería a todas luces el establecimiento de un estado fuerte, pero no necesariamente dictatorial. El proyecto de un estado poderoso degeneró en la dictadura de un solo partido como resultado de la política de Washington y de la aparición del Partido Liberal Democrático (PLD).

Norteamérica fue un conquistador generoso. Hasta 1952 gobernó directamente al Japón con mano suave y le heredó una constitución modelo. Al estallar la guerra fría, Japón se convirtió en un valioso aliado y los Estados Unidos promovieron abiertamente el crecimiento económico del país. No obstante, en la política olvidaron pronto la letra de la constitución, que establecía una democracia copiada de la norteamericana, y favorecieron a aquellos políticos japoneses que tenían como prioridad en su agenda al anticomunismo. Asimismo, como respuesta a su confrontación con Moscú, Washington golpeó sistemáticamente a los partidos de izquierda, debilitando gravemente a la democracia japonesa. En segundo lugar, los políticos conservadores que recibieron el apoyo abierto de los Estados Unidos entendieron pronto que para favorecer el desarrollo económico era indispensable limitar las rencillas políticas y en 1955 se agruparon en un solo partido, el PLD. Como en el caso del PRI mexicano, a partir de entonces, las disputas políticas se dieron sólo en el seno del partido dominante —que ha estado por ello dividido siempre en poderosas facciones. Ante los demás, el PLD presentó una fachada de consenso absoluto. Por último,

igual que nuestro añejo partido, frente a la constitución que establecía una democracia pluralista, el PLD echó mano de una hábil política maquiavélica: estableció una clara división entre las normas constitucionales y los principios en general —en japonés, *tatemae*— y la práctica o *bonne*. De hecho —y esto sí a diferencia del PRI— el PLD no tuvo nunca más programa que el crecimiento económico: encarnó el pragmatismo en el poder.

A partir de 1955, la democracia fue confinada al desván de los *tatemae* y en la práctica el Japón fue gobernado por un "triángulo de hierro". En un vértice estaban los políticos del PLD; en otro, los grandes empresarios —que empezaron a financiar a los políticos hasta corromperlos—, y en el último quedaron colocados los verdaderos arquitectos del milagro japonés: los burócratas encargados desde los cincuenta de regular y promover la actividad económica del país. Estrechamente relacionados con el primero y el último vértice, los agricultores japoneses dieron el sustento final al sistema: a cambio de un mercado subsidiado y protegido que limita las importaciones, los campesinos votaron siempre por el partido dominante.

Un último factor contribuyó a fortalecer al PLD: los partidos de oposición cometieron gravísimos errores. Los comunistas y los socialistas se hundieron en un marxismo tan ortodoxo como el soviético, que no podía más que enajenarles votos. El resto de las agrupaciones políticas — como el partido budista Komeito — no presentaron tampoco un programa que pudiera competir con el "milagro japonés": el mayor logro del PLD.

Frente a una oposición débil y errática, con importantes bases de apoyo, el financiamiento ilimitado del sector industrial y un crecimiento económico sorprendente, el PLD se convirtió en una arrolladora maquinaria electoral.

No es extraño que, como el nuestro, el PRI nipón consiguiera sortear por décadas los muchos escándalos por corrupción que genera, aquí y en China, el gobierno de un solo partido. Lo que no pudo evitar fue el surgimiento de una generación de políticos jóvenes empeñados en una reforma política democrática que acabara con los vicios de procedimiento y el enriquecimiento ilícito de los PeLeDosaurios y el hartazgo del electorado urbano japonés, no sólo con

esos vicios, sino con la carga económica que la política del PLD les ha impuesto. El precio de los subsidios y el proteccionismo recayó desde un principio en esa sección creciente del electorado, que empezó a preguntarse por qué la inmensa riqueza del país no se reflejaba en su estándar de vida. El consumidor urbano dedica una altísima porción de su ingreso a pagar alimentos (el arroz subsidiado producido en Japón le cuesta, por ejemplo, tres veces más que el arroz importado), está obligado a vivir en espacios reducidos en comparación a sus contrapartes del Occidente industrial y a viajar por horas a sus lugares de trabajo en transportes atestados. En 1989, en las elecciones municipales de Tokio, los electores dieron su voto al partido Socialista — encabezado, para colmo, por una mujer — que triunfó por primera vez sobre el PLD. La revolución silenciosa había empezado dentro y fuera del partido dominante.

La transformación acelerada del contexto internacional fortaleció el debate generacional dentro del PLD y debilitó aún más la posición del partido.

El fin de la guerra fría tomó a todos los países por sorpresa. Pero en el caso del sistema japonés, donde el emperador encarna la identidad del país, los políticos reinan y los administradores gobiernan, prever el fin de la guerra fría fue aún más difícil que en el resto del mundo. Los burócratas han dirigido exitosamente día con día la actividad económica, pero son incapaces de enfrentar con celeridad y eficiencia los desafíos imprevistos. La perestroika, la desaparición de la URSS, la ola de democracia que inundó al mundo y el fin de la confrontación entre Rusia y Estados Unidos los tomaron por sorpresa. No sólo no han sabido manejar estos hechos trascendentales en el exterior, sino que sus consecuencias rebasaron a la burocracia y al partido en el ámbito interno.

La liberalización del Este puso de moda a la democracia: la nueva generación política empezó a planear cada vez con mayor seriedad la reestructuración política. El fin de la guerra fría desvaneció asimismo la legitimidad del único punto de la agenda política del PLD —el anti-comunismo. Los problemas comerciales empezaron a cobrar cada día más importancia en las relaciones entre Tokio y Washington. En lugar de la URSS, el

inmenso superávit comercial de Japón —que en 1992 fue de los 106 700 millones de dólares y en la primera mitad de 1993 se elevó 20% por encima de las cifras del año pasado— se convirtió en el eje de la política norteamericana hacia el país. La resistencia de los líderes del PLD a conceder a las demandas norteamericanas de apertura del mercado interno japonés a las importaciones, erosionó el apoyo de Washington al viejo partido.

Por último, el deshielo entre Rusia y Norteamérica, fortaleció a los partidos de izquierda —sobre todo al Socialista, que significativamente fue rebautizado como Socialdemócrata—, que dejaron de aparecer como una amenaza y de ser un adorno que legitimaba el sobrenombre "pluripartidista" del sistema político del Japón.

A principios de los noventa un hecho inesperado catalizó el descontento y el impacto de los cambios en la geopolítica internacional y aceleró la democratización del Japón: el país empezó a sufrir una grave recesión económica. La producción industrial comenzó a contraerse y con ella las ganancias de las grandes corporaciones. El mercado de valores se debilitó y el desempleo empezó a elevarse paulatinamente. El incremento del valor del yen agravó aún más la crisis: para principios de este año era de 125 por dólar, en agosto subió a 100. A más de su costo económico la recesión cobró dos víctimas en la esfera política: el consenso del PLD y la confianza de los japoneses en la burocracia pública encargada de las finanzas.

El fantasma de la secesión, uno de los más negros temores de todo partido dominante, empezó a rondar al PLD en octubre. Shin Kanemaru, líder de la poderosa facción Takeshita, desapareció de la política después de un embarazoso escándalo por corrupción. La negociación sobre quién debía sucederlo degeneró pronto en una guerra civil entre Ichiro Ozawa, heredero nominado por Kanemaru y uno de los más prominentes políticos jóvenes en el PLD, y Seiroku Kajiyama, líder de los PeLeDosaurios. La lucha alcanzó tal intensidad, que ambos contendientes optaron, con exquisita cortesía y astucia, como sucede desde siempre en el Japón, por dejar el puesto al aparentemente neutral ministro de Finanzas, Tsutomu Hata.

El nombramiento de Hata selló el destino de Kajiyama y también de la política

consensual del PLD: fue precisamente un sector de la facción Takeshita encabezada al unísono por Ozawa y Hata la que abandonó al PLD en diciembre privándolo de su mayoría en el Parlamento. Los 35 representantes de la Cámara Baja en la Dieta que siguieron a los disidentes crearon una nueva agrupación, bautizada como Foro 21. Su bandera era la reforma política. El Foro planteó la necesidad de enterrar el peculiar sistema de multi-candidatos para cada puesto político que obligaba a los nominados de cada partido a luchar entre sí, impedía elaborar programas claros y favorecía la corrupción. El portavoz de la reforma, Ichiro Ozawa, que desprecia claramente la tradición de consenso político a pesar de su formación peledista, subrayó desde diciembre la necesidad de apuntalar un sistema multipartidista y promover el debate político en el Japón. Pronto, otros políticos fortalecieron a la oposición: Hata fundó el Partido Renacimiento —dentro del que Ozawa ha jugado el papel de "eminencia gris"— y en 1992 otra facción que se había desgajado del PLD arrastrando a 35 miembros más del viejo partido, encabezada por Asahiko Mihara, creó lo que podría traducirse como Nuevo Partido Precursor. Ambos, con un programa similar, entraron por lo demás en negociaciones con los flamantes socialdemócratas para construir una coalición que sustituyera al PLD en el poder. Fue en ese momento cuando Morihiro Hosokawa, un político que no había recibido atención alguna, fundó un partido más: el Nuevo Partido del Japón (Nippon Shinto).

El fenómeno Hosokawa no tiene precedentes en la historia política moderna del país. El nuevo líder tiene raíces profundas en el pasado distante y reciente del Japón: es descendiente de una familia de aristócratas *daymio* —señores feudales— que se enriqueció en el siglo XIV y de uno de los primeros ministros de preguerra. Pero lo más sorprendente es su meteórico ascenso en la política. Antes de junio de 1993, cuando se efectuaron elecciones municipales en Tokio y el electorado convirtió a su partido en la tercera fuerza política del Japón, prácticamente nadie hablaba de Hosokawa. Después de las elecciones generales de julio, se convirtió de un plumazo en el candidato ideal para el cargo de primer ministro. Un mes después, Morihiro Hosokawa juraba lealtad al emperador frente a su gabinete.

Es difícil explicar a fondo el ascenso repentino de Hosokawa y las razones por las cuales Hata y Ozawa, que habían dirigido el cambio desde 1991 y son profundamente ambiciosos, aceptaron que fuera el líder de Nippon Shinto y no Hata —que había recibido el beneplácito socialista como futuro primer ministro— quien encabezara la coalición que derrotó al PLD. La punta del iceberg de las negociaciones secretas entre los nuevos partidos de oposición descubre tendencias que deben haber sido fundamentales. En primer término, es indudable que el PLD se plegó ante lo inevitable y entregó el poder sin recurrir a "ratones locos", "roscas" o "tacos". En segundo lugar, la estrecha liga de Hata y, sobre todo, de Ichiro Ozawa con la vieja maquinaria política, impidió por el momento que se presentaran ante el electorado como una alternativa totalmente legítima frente al PLD.

No obstante, el principal responsable de su propio éxito es, sin duda, Morihiro Hosokawa. Dotado de un gran carisma, eligió la mejor de las banderas frente a los votantes: promovió desde un principio la lucha contra la corrupción y la necesidad de dictar leyes que regulen o eliminen paulatinamente el financiamiento empresarial a los partidos políticos. Demostró además poseer una virtud especialmente preciosa para los japoneses: valor.

El gobierno japonés usó durante décadas el pasado para apuntalar el consenso político y social y la proverbial homogeneidad del pueblo japonés. Tejió cuidadosamente un manto de silencio y mentira y lo plasmó en los libros de texto. Impidió que los japoneses se enfrentaran a su propio pasado y valoraran con exactitud los errores de sus antecesores. (Los japoneses son de los poquísimos pueblos en el mundo que encuentran grandes dificultades para nombrar a un villano en la historia del país.) Asimismo, el gobierno obstaculizó que el pueblo, armado con las lecciones de la historia, atenuara el resurgimiento de un nacionalismo chauvinista, xenófobo y arrogante, deplorable en sí mismo y causa de una imagen negativa del Japón en el exterior. La década de los treinta simplemente dejó de existir: el PLD arrebató al Japón parte de su memoria histórica.

Más allá de la huella de esta distorsión histórica sobre la conciencia colectiva del país, los inaceptables usos del pasado

en Japón impidieron que el país estableciera una relación fructífera con el resto de Asia y lo incapacitaron para jugar el papel que le corresponde por su poderío económico en su esfera natural de influencia. Beijing recibió y despidió a Akihito en octubre de 1992, sin recibir jamás las disculpas que esperaba por las crueldades cometidas por la soldadesca nipona en China.

Hosokawa tiene el enorme mérito de haber empezado a derruir ese muro de silencio. Afirmó, que la invasión japonesa había sido "una guerra de agresión", "una guerra equivocada". Deploró el "dolor" causado por sus ancestros —un reconocimiento sorprendente para los japoneses, que están aún atados a sus antepasados por la lealtad sin fisuras que predicó Confucio— y ordenó a la cancillería disculparse formalmente con las "mujeres del consuelo" obligadas por los japoneses a prostituirse durante la Guerra Mundial.

La llegada al poder de una coalición independiente, que cuenta con el sustento abrumador del 75% del electorado, transformó la naturaleza del sistema político. Con el surgimiento de una poderosa oposición, la democratización es irreversible. Sin embargo, esto no asegura el éxito del nuevo gobierno. En el renglón del "haber", el equipo de Hosokawa cuenta con el conocimiento y la experiencia de sus funcionarios. Los líderes de la nueva generación en el poder, reunidos en el Partido Renacimiento, dirigen desde principios de agosto la política económica y financiera y la diplomacia.

Todos ellos tienen una amplia experiencia y dominan los mecanismos de sus respectivos ministerios (es el caso de Fujii, ministro de Finanzas, y de Hiroshi Kumagai, el poderoso ministro de Comercio Interior e Industria (MITI). El gobierno ha tranquilizado a la burocracia —cinco ministros son funcionarios públicos de carrera—, que, al parecer ayudará a Hosokawa a gobernar con eficiencia. Tsutomu Hata tratará de enterrar a la vieja diplomacia, que acumuló rosarios de errores, para elaborar una política exterior realista y eficaz.

Una de las principales organizaciones empresariales —la Keidanren— anunció que dejará de financiar al PLD y a otros partidos políticos. Con ello, la reforma política avanzó un gran paso.

Los Estados Unidos han facilitado también la labor del nuevo gobierno. A mediados de agosto la Reserva Federal intervino para detener el alza del yen que cuesta muy caro a Japón: cada aumento de 10 provoca una caída aproximada de 0.5% de la tasa de crecimiento económico del año siguiente.

Sin embargo, es muy pronto para cantar victoria: el renglón del "debe" está formado por una larga lista de problemas. Las reformas y leyes del nuevo gobierno deberán pasar por una Dieta en la que el PLD tiene aún 226 asientos, frente a los 260 de la coalición en el poder. Aún más delicada es la confrontación entre los grupos que forman el gobierno y las contradicciones de sus programas. Los enfrentamientos entre los partidos de la coalición han detenido la aplicación de la reforma política. Según el programa del gobierno, debe adoptarse, para empezar, el sistema de representación proporcional en lugar del extraño procedimiento de los multicandidatos. Se busca que la reforma culmine con la aparición de un sistema lo más cercano posible al bipartidismo. Las agrupaciones pequeñas de la coalición gobernante, incluyendo al Nippon Shinto, están de acuerdo, pero los socialdemócratas, perdedores netos en las elecciones de julio, se oponen. Y ello a pesar de que la cabeza de los socialistas —Sadao Yamahana— es precisamente el encargado de la reforma política.

La reestructuración de los modos de la política es de gran importancia para la democratización pero, a corto plazo, lo único que consolidará al gobierno y vencerá al electorado de la necesidad del cambio es el crecimiento económico. Desafortunadamente, el choque entre los partidos en el poder está haciendo estragos precisamente en el terreno económico. Por ejemplo, aunque se ha hablado mucho, dentro y fuera del Japón, de la necesidad de recortar los impuestos para revitalizar la economía —los Estados Unidos han insinuado que esa reducción impositiva debería ser de 5 trillones de yens!—, no todos los grupos del gobierno están de acuerdo. El ministro de Finanzas se opone; Ozawa —la eminencia tras el trono— quiere que la reducción impositiva se aplique sobre los impuestos al ingreso; los social-demócratas rechazan la propuesta porque —dicen— afectará a los pobres en favor de los ricos; la "desregulación" se ha es tancado frente a los ataques de los burócratas y de muchos grupos empresariales a los que favorece el sistema actual, etc.

Morihiro Hosokawa deberá usar toda su experiencia, su capacidad negociadora y su carisma para aplicar un programa económico que satisfaga a sus aliados y a sus principales socios comerciales. Del éxito de su gobierno depende que el camino de la inevitable democratización política del Japón no vuelva jamás a los viejos modos de gobernar. □

verdades con palabras vacías o en los lógicos que destruyen vacíos con verdades sin palabras. No creo que pensara en sujetos como el padre Joinville, un jesuita amante de la lógica y las dificultades, cuya vida en China causó a los magistrados imperiales no pocos alegatos preñados de móviles inesperados. Amigo del matemático valenciano Vicente Tosca, Joinville redactaba tratados y cartas con una prosa irónica y elegante que fue motivo de consuelo, risa y meditación para los europeos perdidos en el avispero del siglo XVIII. Entre comerciantes uigures, tibetanos, mongoles y turcos Joinville entendió que el lenguaje de aquellas caravanas estaba encadenado a signos míticos e intraducibles pero también a un alfabeto en donde el té negro, los rollos de seda, las perlas y los libros de bambú construían una gramática de las costumbres y las necesidades. Joinville viajó a China y en China su oficio de misionero y su vocación de cartógrafo lo llevaron con relativa felicidad por el imperio de las dieciocho provincias. En uno de los caminos que conducen al desierto de Gobi, Joinville coincidió con un grupo de comerciantes de Shanxi. Con palabras apesadumbradas que también mostraban cierta ansiedad aquellos hombres saludaron al misionero. "¿Será cierto que ustedes perdieron un camello?" —preguntó Joinville. "Así es señor" —contestaron con alivio y extrañeza los dos chinos que se encontraban frente al jesuita. "¿El camello que perdieron es ciego del ojo izquierdo y cojo del pie derecho?" —insistió con aire de seguridad Joinville. "Es él, es él, el animal del que usted habla es nuestro camello" —repetían al mismo tiempo los comerciantes. La conversación entre el misionero y los comerciantes fue interrumpida por un ventarrón que venía del Oeste, se cubrieron el rostro con sus túnicas y guardaron silencio por un instante. En la imaginación de los hombres de Shanxi el carácter del europeo se fugaba como un pájaro somnoliento. ¿Quién era aquel hombre que sin ser chino hablaba como un respetable letrado y viajaba con animales que ostentaban el sello imperial del dragón? Estas reflexiones fueron interrumpidas cuando Joinville continuó con su interrogatorio. "¿El camello que buscan está cargado con un fardo de arroz por un lado de la giba y con miel por el otro?". "Eso es, eso es —dijo uno de ellos—.

Lógica jesuita

Hugo Diego Blanco

para Julio Glockner

Ignoro qué quiso decir Confucio cuando interrumpió una comida para anticipar una sentencia; *el sabio vela con respeto por lo que no ve y piensa con temor*

en lo que no se oye. Tal vez se refería a los sacerdotes que ponderan su fe a partir de las costumbres invisibles o a los niños que suelen poner atención al desfile del silencio. No creo que estuviese pensando en los sofistas que construyen

Tal carga es nuestro comercio." "Pero, señor —intervino el viejo que se había mantenido al margen de la conversación—, por el alma de sus antepasados sea bueno ya que usted vio a nuestro camello díganlos en que camino se encontró con él." "Pero hermanos respondió Joinville—. Yo no he visto ningún camello y tampoco sabía que ustedes forman parte de una caravana de comerciantes." "¿Cómo es posible que vistiendo traje tan respetable cambie de opinión en un abrir y cerrar de ojos. Todos nosotros —y en eso quien hablaba señaló a los cinco comerciantes— escuchamos hace unos instantes cómo usted describía con exactitud a nuestro animal. Y le diré más, lo único que no confesó fue que entre la miel y el arroz se encontraba un cofre con perlas y pendientes de jade." Sin perder la tranquilidad Joinville bajó de su camello se quitó los espejuelos y contestó: "hermanos, no insistan. No sé de donde han sacado que yo vi un camello. En ningún momento he asegurado tal cosa. Sólo hablé de un camello cojo y tuerto que llevaba una carga de arroz y miel pero nunca dije que la había visto." Embustero, demonio extranjero, seguramente los animales en los que viajas también los robaste —gritó el más exaltado—. Considérate preso. Te llevaremos ante el tribunal." Frente al prefecto de la ciudad más cercana, los hombres de Shanxi aseguraron que el extranjero les había robado un camello y un cofre lleno de joyas. Dijeron que si no era ladrón entonces era un hechicero pues había descrito las características del camello y de los fardos que cargaba con exactitud aunque después negó que lo había visto, además de que era muy sospechoso que viajara con animales con el sello del emperador. Joinville entregó al representante del Hijo del Cielo un memorial en donde el Señor del Universo advertía a mandarines y magistrados que el portador del salvoconducto cumplía una ordenanza imperial y que merecía todas las facilidades para la realización de un mapa del desierto de Gobi. "Señor —dijo el jesuita al tiempo que realizaba nueve genuflexiones— confieso que no me enfada que estos buenos hombres sospechen de mí. Sé que si soy responsable de un acto incorrecto sólo podrá referirse a mi premeditada intención de no explicarles el método de mis observaciones. Estoy acostumbrado a observar las sombras en

las noches con luna y las relaciones entre una mirada y un gesto. Me detengo en lo que los demás dejan pasar por alto. Una mañana antes de encontrarme con estos hombres vi las huellas de un camello que iba en sentido contrario al de las caravanas. Como por ningún lado aparecían huellas humanas supuse que aquel camello se había perdido. Supe que el animal era ciego del ojo izquierdo porque únicamente comía hierba del lado derecho del camino y que era cojo del pie derecho debido a que la huella que correspondía a ese pie apenas era visible. También concluí que le faltaba un diente porque en cada mordida que

asestaba a la hierba dejaba una mata sin cortar. Saber que era miel y arroz lo que cargaba no fue difícil de deducir después de observar a las abejas y las hormigas que se afanaban a un lado y a otro del camino. De las perlas y el jade no hablé porque no observé ningún indicio." —concluyó con lógica tranquilidad el jesuita. El representante del Hijo del Cielo y los letrados que lo acompañaban apoyaron la explicación de Joinville con una sonrisa y los comerciantes de Shanxi salieron del tribunal casi corriendo en busca de las huellas de su camello o de cualquier otra cosa. □

La Mancha

Jaime Moreno Villarreal

Yo no tuve un paraíso. El mar que conocí es la costa más enorme y más abandonada del Golfo de México. Un mar gris de grandes olas que fingían alzar un lodazal cuando se combaban. Un mar desértico, en cuyo horizonte, como caravanas de beduinos, se veía cruzar ocasionalmente flotillas de barcos camaroneros que iban a fondear a Estados Unidos. Yo le llamaba a ese mar el Mar de mi Abuelo, porque de muy niño creía que él era dueño de toda esa pobreza. Iba yo con mi papá y con mi abuelo, montado en la caja de una pick-up azul de tiempos de la guerra, la lámina corroída por el salitre, cuyas placas rezaban: Texas Truck. La playa era larguísima e inhabitada. Pasábamos ahí días enteros a la busca de lo que mi abuelo llamaba La Mancha. Íbamos costearlo kilómetros, y de repente él detenía la marcha, miraba detrás del rompiente y decía: Aquí está bueno. Ahí echaríamos las cañas. Ahí nos pondríamos a esperar a que el mar nos devolviera algo a cambio de la espera, siempre con buen humor, sin importar la suerte.

De tanto en tanto veíamos aproximarse por la playa una camioneta guayín que jugaba a ser un enorme navío, con ocho grandes cañas de pescar alzadas como mástiles. Era otro pescador que preguntaba: ¿Qué tal paisano, hubo algo? Y si contábamos ya con tres o cuatro peces gato remojándose vivos en la cubeta, mi abuelo respondía: Ya se puso bonito. Qué gozo cuando ante los ojos del recién venido alguna de las cañas enhietas que habíamos clavado en la resaca vibraba al jaloneo de un bagre, una lisa, un tambero, una trucha o un robalo. Trofeo. Luego de que el mar te daba, te lo quitaba. Horas y horas esperando una suerte diversa de la gran fortuna de las jaibas que descarnaban libremente los anzuelos tras la ola. Vámonos de aquí. Y nos internábamos costearlo, y todo parecía lo mismo bajo el sol. Del lado del mar, el sol estallaba; del lado de la arena, no aceptaba la existencia ni de un pueblito ni de un terreno de cultivo. El mar en el que nada pasaba. No puede ser el paraíso. Pero he aquí que lo extraordinario

podía hacerse común, y hubo un día que regresamos a Bagdad por la noche, con el frío metiéndose por los agujeros del piso de la camioneta, con más de cien pescados en las hieleras, y yo acordándome al divisar las luces de la ciudad cómo los fuimos sacando uno por uno. Y al tercer día, de vuelta al mar. Y de repente, un mediodía, mi caña se inclinaba peligrosamente, y entonces ejercitaba la mano primeriza en pescar el tiburoncillo rendido que daba cuerda por más de media hora, para entregarse al fin traicionero, boquiabierto al quebrar la última ola en la arena arisca, singlando sobre la playa con la aleta y la cola ominosas. Mi abuelo, con mano durísima, lo atajaba por encima y desprendía el anzuelo de su batería colmilluda, cargaba el escualo a dos manos y lo tendía de vientre acuchillándolo de inmediato sobre la tabla, limpiándole a mano el amasijo de entrañas mientras decía para mi orgullo: Hombre, éste está rebueno para el ceviche.

En algún lugar perdido entre los kilómetros de la costa de la playa Lauro Villar, alguna vez se intentó construir un puerto. Se hizo una legua rosca que partió el mar sin bahía, sin ensenada, sin nada. Quien quiso partir de ahí dejó un tiradero de rocas apuntado al Océano Atlántico, una escollera en cuya punta debería haber crecido naturalmente un gran faro. Pero nada, todo era abandono. A mi abuelo le gustaba meterse al roquedal con las cañas para tentar en lo hondo. Una tarde íbamos mi padre y yo acompañándolo, llegamos hasta la punta de la escollera para echar las cañas. El mar tropicaba allí y nos escupía su peligro. Para mi abuelo no había mejor baño que la chorreada en el rompiente, y alzando la caña pudo distinguir ese día, allá, a unos veinte, treinta metros mar adentro, La Mancha. Por primera vez vislumbré lo que mi abuelo buscaba. Cientos y cientos de cabecitas negras de peces que boqueaban asomados sobre las graves ondas, una carcajada haciendo su festín en el plancton, una enorme mancha negra donde cada sedal que lanzáramos cobraría dos y tres piezas nada más de jalar el anzuelo. Pero lloviznaba y la mar crecía. Mi abuelo, no obstante, probó su suerte. Tentó con los pies los tocones de roca, y se meció frente a las olas. No recuerdo si alcanzó a lanzar su ril hasta donde lo esperaba La Mancha. La cresta del mar hizo por él, que resbaló en la piedra y se golpeó el cráneo. Quedó

tendido en la escollera, inconsciente. Mi padre lo pudo rescatar y arrastrar fuera del roquerío. La llovizna tupida, el mar picado, la mancha de peces siguieron prosperando como si nada. Para mí mi abuelo estaba muerto, y emprendimos un largo camino a casa.

De estas cosas conversaba yo con José Luis Rivas tres o cuatro veces por mes durante cuando por motivos de trabajo bajábamos la cuesta de la Imprenta Madero al Salón Berlín de la Calzada Ermita Iztapalapa. Recuerdo que luego de esas tardes tenía yo que ir a dar un curso, y que por regla casi evitaba preparar la clase, pues me bastaban las dos horas de conversación de José Luis para devolver al aula la plétora de la Arcadia de Sanazaro, los diálogos erasmianos sobre la elocuencia, la cumbre de las tesis de Pico donde cabía todo el conocimiento humano. Porque yo venía del renacimiento cuando iba al Renacimiento. En la mesa del Berlín José Luis me hablaba del río de su niñez, que pronto confluía con mi tristeza del Río Bravo y nos íbamos de vuelta a avistar el mar, en un solo río que se anchaba y ocupaba en la mesa de Iztapalapa sendas órdenes especiales de camarón fresco que a mí me hacían recordar nocturnas excursiones en un pueblo llamado La Pesca, linterna en mano, llevando un bote agujereado que se dejaba reposar sobre las aguas de un arroyo aluzado que venía del estero a un paso de la desembocadura de río, y que en un minuto se henchía de camarón vivo, gris, que al rescatarlo con la mano se defendía dando pequeños piquetitos en las yemas, y que sólo después de morir adquiría ese tono rosado de camarón fresco, de camarón muerto, y al comerlo juntos junto al río, José Luis me hablaba desde una transparencia de las aguas que yo jamás conocí, nombrándome el color de las especies que chapaleaban en el Río Tuxpan, y el río se fortalecía en la memoria, anunciaba su crecida cuando yo reconocía el origen anecdótico de pasajes que había leído en sus libros e íbamos a desembocar ya no en el Golfo sino en la risa, que es adonde José Luis lleva el río.

Creo que la risa veloz de Rivas hace lucir las más inadvertidas correspondencias entre las cosas. Conecta momentáneamente sinapsis que quizás reverberan por una sola vez en la vida. Cuando

José Luis estalla es porque encontró más allá de la escasa relación analógica, el brillo instantáneo de innumerables ondas sobre la superficie del río. Brotan entonces los nombres de las cosas, los conceptos que estaban entumecidos en el fondo de una añeja lectura, los hallazgos del diccionario, las palabras que sólo oyó en la casa materna y que ahora se trenzan con las citas recónditas de los poetas releídos, la traducción instantánea de los cinco sentidos a la lengua, las exclamaciones y las admiraciones—que en él son dos cosas muy distintas—en un mundo nuestro de lenguaje llano, el caso vocativo, el uso del usted con el que en los mejores momentos de la amistad honra a sus amigos, una memoria inaudita que acompaña con certeza el ejemplar de una edición inverosímil que extrae de su librero; pero también las convicciones libertarias, el aguante solitario, la bengala del ánimo vengado por un alcohol doloroso, el sombrío ultraje, la esgrima hiriente de sus navajeros de navajero que tienen mucho más de muerte que cuanto alcanzan de ironía. Y a todo esto lo colma y lo desborda una risa que seguirá oyendo a pesar de cualquier seriedad en mi elogio, la gran carcajada del insomnio y de la luz. La gran carcajada de La Mancha.

Que el río vuelve sobre sí mismo, que el río se repite, que quien lo vio una vez se lo lleva para siempre: sólo así puedo aceptar que la poesía de Rivas sea retórica. Al leer la totalidad de su obra publicada hasta el momento, con su variedad de registros, de proyectos, de formas, voces, homenajes, no me consuela de la falta de crítica ese reproche que se le hace: que vuelve sobre sí mismo—el río vuelve sobre sí mismo; que Rivas se repite—el río se repite; que quien lo leyó una vez lo leyó para siempre—quien vio una vez el río se lo lleva consigo para siempre. Es Rivas quien ha reclamado para sí repetidamente a Heráclito. Bajo el sol y en lo oscuro. Su lengua no hace más que ennoblecer el dialecto de los abuelos, que ha sufrido la suerte del río Tuxpan amortecido por los desechos industriales y el oro negro. Ahí donde Rivas prende la mariposa con el alfiler, por fin, yo vuelvo con mi abuelo a pulsar por primera vez la atarraya, esa pieza de cordonería que vuela ligeramente en el aire para sumirse de un chasquido en lo hondo de las aguas, la atarraya raptora de redes recosidas y negras plumadas,

la arrojo en espiral sobre el canal insaciable de acamayas. ¿La lancé bien, abuelo, ya es tiempo de que la saque? ¿Sientes que ya tocó fondo?, respondía el abuelo, y me decía ahora sácala, ándale. Y yo jalaba el cordón de la red y aparecía la chorreante evidencia de que no había pescado nada. ¿Cómo le hago abuelo para pescar como tú pescas? Y él me res-

pondía: no pesques nomás; busca La Mancha, la mancha bien cuajada. □

• Texto leído en la presentación de los libros de José Luis Rivas, *Raz de marea* (Fondo de Cultura Económica) y *Luz de mar abierto* (Editorial Vuelta), en la Librería Bonilla el 24 de agosto de 1993.

Paisaje de la ciencia Richard Leakey: Sólo se vive dos veces

Carlos Chimal

Más de una ocasión, más de lo que puede esperar un hombre con suerte, los vuelos desde Nairobi hasta Koobi Fora, en las orillas del lago Turkana, al norte de Kenya, han sido para el célebre rastreador de fósiles, conservacionista odiado por los cazadores furtivos y paleontólogo autodidacta no sólo una manera de negociar su futuro, sino también de tentar el pasado. Al final de cada vuelo, Richard Leakey y su equipo han descubierto huesos de individuos que vivieron en este sitio hace por lo menos 1.5 millones de años. A principios de junio, en las proximidades de Nairobi Leakey estrelló su Cessna. Fue recogido con una pierna destrozada; poco después comenzaron a aparecer signos inequívocos de septicemia y tuvo que ser trasladado a un hospital de Nottingham en una ambulancia aérea. Días más tarde amputaron hasta poco antes de su rodilla izquierda.

Un hombre diestro, sin duda, ya que a pesar de no haber recibido prácticamente educación formal, a los 23 años consiguió que la National Geographic Society financiara su exploración de Koobi Fora. ¿Por qué no en Baringo, uno de los lagos del valle? Todo mundo, geólogos y antropólogos, han estado encontrando fósiles animales desde hace tiempo allí y han dibujado un hermoso panorama de lo que fue la vida en el área hace unos 5, 10, 13 millones de años. Hay,

además, ciertas facilidades urbanas, su propio hermano Jonathan se entretenía criando víboras y ahora cultiva melones cerca de la orilla. La sola presencia de la isla volcánica en el centro del lago despierta ilusiones momentáneas sobre un pasado lejano. Sin embargo, nada de homínidos. El olfato del joven Leakey lo llevó hacia el norte, a un sitio más salvaje, el lago Turkana. Allí encontró lo que se considera ahora uno de los tesoros invaluable de rastros homínidos: alrededor de 400 piezas óseas, es decir, los restos de 200 de nuestros antepasados más antiguos.

A los paleontólogos les urge exponer tantos sedimentos como les sea posible, pues cada año la temporada de lluvia arrastra consigo más miembros de "la pandilla de los homínidos". Tradicionalmente, se pensaba que los antepasados recientes del *sapiens* que somos hoy evolucionaron simultánea y localmente en varias regiones del planeta. Pero parece que no fue así, pues en tal caso tendría que haber una relación filogenética entre él y otros homínidos que hayan vivido antes o que hayan sido sus contemporáneos. Nadie puede probar aún que la "provisión" de genes en el tiempo y en el espacio ha sido continua.

El caso de los neandertales ilustra los sentimientos que provoca en los hombres verse reflejados en un bipedo con

aparentes y gravísimas deformaciones patológicas, como solía pensarse hacia 1860. Los antievolucionistas opinaban que se trataba de los restos de un idiota o de un hombre con artritis aguda. En realidad, me dijo alguna vez Alicia García Bergua, gran aficionada al tema, es probable que se trate de uno más de los grupos que liberó las extremidades superiores, podía acondicionar sitios en busca de abrigo, aunque no tan cálidos como los de los primitivos hombres, y mostraba ciertos rasgos culturales, pero cuya suerte quedó sellada por glaciaciones como la de Wurm, cuando las capas de hielo escandinava y alpina se acercaron hasta que no mediaron entre ellas más de 500 kilómetros en el actual suelo alemán. Es posible que los neandertales atrapados detrás de los glaciares quedaran más o menos aislados de los progresos evolutivos en diversas partes del mundo, cosa que no ocurrió con otros grupos, en particular los que habitaban África.

Elocuente resulta además el que no se encuentren rastros de expresiones artísticas, costumbre que les hubiera permitido heredar a sus descendientes noticias valiosas. Quizá en esto tenga que ver una observación hecha por Erik Trinkaus (U. de Nuevo México en Albuquerque). El canal obstétrico de las neandertales es más ancho que el de las mujeres, lo cual hace pensar que su gestación debió ser más larga que en los humanos. Al caminar erguidas las primeras mujeres, redujeron el diámetro de su vagina y eso creó dificultades obstétricas, sin ser fatales: el canal quedó lo suficientemente abierto para que pase la cabeza del bebé. Varios científicos, Richard Leakey entre ellos, piensan que los bebés humanos nacen prematuros y por tanto se ven obligados a completar afuera algunos desarrollos que otros mamíferos llevan a cabo en la matriz. A los humanos se nos cierra la mollera, terminan de formarse las uñas y nos crece el cabello (en el mejor de los casos) durante los primeros meses; somos tan vulnerables por nuestra inmadurez neuromuscular, digestiva e inmunológica que sobrevivimos gracias a un desarrollo cultural complejo. La necesidad del arte es menos ética que funcional, parece sugerir Trinkaus.

Todos los hallazgos tienden, pues, hacia un tronco común, y Leakey es uno de sus más afortunados recreadores en las cercanías del lago Turkana. Alimentado

por el caudaloso río Omo que moja las tierras altas de Etiopía, fue el hogar de un pequeño homínido quien debió morir por las heridas de alguna bestia, el tigre con dientes de sable quizá, descubierto por Leakey y colaboradores en 1984. "No conozco a nadie que haya visitado esta región del mundo y se vaya sin mostrarse impresionado; no me refiero solamente a la inmensidad del ojo de agua, sino a la sensación de sentirse en casa. No en balde Darwin llamó al África la cuna del ser humano."

Alrededor de este esqueleto y otros huesos Leakey ha propuesto una manera de explicar cómo es que nos hicimos humanos. Su rival más enconado, el norteamericano Donald Johanson, lo ha hecho en torno a una mujer de la familia de los australopitécidos *afarensis*, bautizada con el nombre de Lucy, de unos tres millones de años, y restos de homínidos desenterrados en Etiopía desde 1973, a los que Johanson y sus colegas llaman la "primera familia". Tanto Leakey como Johanson están de acuerdo en que la evolución del hombre comenzó hace 7 millones de años con un antepasado común entre los monos. Cinco millones y medio años después, por los cambios en el clima que adelgazaron la espesura de los bosques y lo obligaron a bajarse de los árboles hizo su aparición un descendiente, el *Homo erectus*. La brecha es, pues, enorme entre el registro de los fósiles homínidos del pleistoceno y los *sapiens*. Durante esta brecha vivieron al menos dos líneas muy cercanas de homínidos—mono.

A sus 50 años, Richard Leakey no puede lamentar haber entrado en el "negocio" de la familia (sus padres Louis y Mary fueron los paleontólogos cuyos hallazgos en el estrecho de Olduvai, en Tanzania, probaron que el hombre viene de África), aunque en ocasiones la danza de la fe y la fortuna lo inviten a salir por peteneras. Con un riñón donado y ahora sin planta izquierda, sus críticos, Donald Johanson en primera línea, acusan a Leakey de mirar la grieta que se abre desde el mar Rojo, atraviesa Kenya y desemboca en el tanzaniano lago Malawi como un obsequio personal. Pero no sólo él se halla expuesto a su humanidad; Johanson también muestra intuición cuando se acerca a esas gigantescas paredes que la tierra ha formado en su superficie. "Aprendí una lección en la Escuela de Antropología de Louis Leakey",

cuenta en su libro *Lucy's Child* (Penguin Books, 1990), "si quieres mantenerte en este peculiar campo de la ciencia el 10% del tiempo, no dejes la tribuna el otro noventa".

La disputa es encarnizada. Leakey dice sentirse afortunado de haber crecido en una familia con tradición de independencia y determinación, sabiendo que incluso el más hostil de los entornos puede dejar de representar una amenaza. "La naturaleza silvestre me es tan familiar como el jardín de niños y la secundaria para la mayoría de los jóvenes en occidente. Yo puedo sobrevivir donde casi todos ellos morirían de hambre y sed o serían víctimas de los depredadores. Un aventurero en la sabana que se interna en áreas remotas no sabría procurarse comida, dónde buscar agua ni evitar el peligro en un páramo; todo esto me provoca una sensación de paz, me sugiere que entre esta tierra, que alimentó a nuestros antepasados, y yo existe una suerte de intimidad."

Johanson también piensa que la fortuna está de su lado. No sólo encontró una gran parte del esqueleto del homínido más antiguo que se conoce hasta ahora, sino que se trata de una mujer. De hecho, dice él, gran parte de la popularidad de este conjunto de tejidos óseos convertidos en piedra radica precisamente en su sexo evidente por la forma de su pelvis. Muchos ven en ella a la Madre, a Isis, a Eva, pero Lucy es más que un símbolo. Demuestra, según Johanson, que en nuestro proceso evolutivo nuestros antepasados directos caminaban erguidos por lo menos hace tres millones de años. Aún más, junto con Tim White (U. de California en Berkeley) han propuesto una alternativa a la teoría de Leakey. Johanson y White afirman que sus hallazgos en Hadar, en una desolada región de Etiopía conocida como triángulo de Afar, representan una sola especie y no tres distintas, como cree Leakey. Además, según aquellos los dientes y quijadas que encontró la madre de Leakey en Laetoli, Tanzania, son de la misma edad que los de Hadar. "El hecho de que los fósiles de Laetoli", responde Leakey, "hallan sido localizados miles de kilómetros al sur y sean medio millón de años más antiguos no parece preocupar a Don y a Tim". Según lo expresa Leakey en su libro más reciente (*Origins Reconsidered*, Doubleday, 1992) lo que hizo distinto al humano del resto

de los monos fue que alcanzó un umbral crítico de imaginación; ello le permitió negociar cada vez con mayor ventaja frente a sus oponentes.

Sin embargo, tanto uno como otro sienten que la fama no les ha sentado del todo bien, piensan que todo este tesoro e imaginaria puede irseles de las manos. Dice Stephen Jay Gould en un artículo publicado recientemente por el *New York Times Review of Books* a propósito, entre otros temas, del papel de los paleontólogos en la maquinaria comercial: "La historia natural ha sido y será siempre una vocación de limosneros; nunca hemos dejado de depender de benefactores y de lo que otros opinan sobre la utilidad de nuestras investigaciones..." El asunto es más estructural que ético: aunque nuestras ideas pueden ser vigorosas, somos una pequeña comunidad. Si nos exponemos y cooperamos, estaremos perdidos". La disputa entre Leakey y Johanson no se reduce a dilucidar quién ha encontrado los restos más antiguos y es el más famoso, los dos aprendieron de Louis Leakey que la clave de nuestro futuro se halla en nuestro pasado.

Si hasta hace algunas décadas el problema básico de esta disciplina tenía poco que ver con la evidencia, ya fuera molecular o paleontológica, y mucho más con la dificultad en la mayoría de nosotros de aceptar la realidad de nuestra propia evolución, hoy sigue en las mismas, pues se enfrenta en esta ocasión a la amenaza de los consorcios de medios, dispuestos a transformar buenas y sugerentes ideas en banalidades y artículos de consumo. El hombre primitivo, los dinosaurios, la cibernética, cualquiera puede ser usado, "contado". Un ejército de "animadores" (que Robert Altman exhibe espléndidamente en *The Player*) se apropia de los hallazgos de un grupo que ha hecho de todo, trajo a sus príncipes especies exóticas, sirvió a sus estados en la catalogación de recursos en otros continentes, colaboró en el tráfico de esclavos, pero que en los últimos años había logrado encontrar un nicho pequeño y discreto en las ciencias, obteniendo así voz propia. Y los cazadores furtivos agregan un tinte rojo al escenario. Leakey no se ha contentado con desentranar nuestro paso por la tierra; su alma conservacionista le acarrea graves problemas y amenazas de muerte, pues como director del Kenya Wildlife

Service diseñó una estrategia publicitaria y se empeñó en mantener prohibido el comercio de marfil, de tal forma que la suerte del fiel elefante en el este de África es menos negra que ayer.

Gracias a que entre sus admiradores se encuentra el presidente Moi, Richard Leakey ha conseguido igualar los salarios de su agencia con los del sector privado.

Johanson, por su parte, ha conseguido cambiar el pequeño local cerca del campus de Berkeley y afianzar un Instituto del Origen del Hombre. Leakey, Johanson, Jay Gould quieren ser vistos como científicos e investigadores escépticos, y no como aventureros y colaboradores de historias intensas, hirientes, engañosas y miserables. □

y un célebre Concierto para violín y orquesta, acabó en un puesto oficial perdiéndose como compositor en la peor chabacanería. El inmenso talento salvó para la historia de la música a Prokofiev y Shostakovich de la Ideología entronizada como Estética y el Comunismo Soviético como Burocrático Tribunal del Arte, pero no hay manera de medir ni de imaginar lo que nos perdimos por no ser libres estos dos grandes creadores del siglo XX.

El libro de Carlos Prieto (*De la URSS a Rusia. Tres décadas de experiencias y observaciones de un testigo*, Fondo de Cultura Económica: México, 1993; 328 pp.; con muy buen prólogo de Isabel Turrent), economista e industrial, hijo del homónimo mecenas de la música en México y cellista que ha mejorado mucho en sus interpretaciones —juizo a partir de la versión del difícil y formidable Concierto núm. 1 para cello y orquesta de Shostakovich que le escuché recientemente con la Orquesta Sinfónica de Minería—, documenta especialmente el sufrimiento de este último compositor de su predilección. (Lástima que hablé tan poco de Prokofiev y que, de manera algo temeraria en mi opinión, coloque a Shostakovich por encima de Prokofiev como "el más eminente de los compositores 'soviéticos'").

Siguiendo muy de cerca al musicólogo Ian MacDonald y a los músicos Mstislav Rostropovich, Vladimir Ashkenazi, David Oistrakh y Galina Vishniévskaya, Carlos Prieto juzga un error fiarse de las famosas declaraciones comunistas de Shostakovich ("No hay música sin ideología", etcétera) para interpretar su música y su vida, y ofrece un retrato de dos caras del compositor. Por un lado, aparece Shostakovich como un hombre tímido y débil, con fuerte recurrencia al vodka, atormentado por su propia sumisión ante el Partido, dando el brazo a torcer desde su miserable pedestal de "Primer Músico Soviético" para firmar cartas contra artistas disidentes o para declarar en conferencias de prensa —mirando el piso— que agradecía las críticas y las enseñanzas del Partido o que estaba de acuerdo en que se prohibiera en la URSS la ejecución de la música de Stravinsky, Schoenberg y Hindemith. Por otro lado, tras bambalinas y fuera las máscaras, tenemos a un anticomunista que en la medida de lo posible daba su apoyo a los escritores y artistas disidentes

Atril del melómano De dictadores del Pentagrama

Luis Ignacio Helguera

No hay seguramente en la historia episodio más trágico e instructivo de la injerencia nefasta del poder en la música que el de la censura ejercida por los líderes comunistas soviéticos contra los compositores rusos. Nunca había aspirado tan tenazmente la ideología a usurpar los dominios de la estética y el Estado los del arte; nunca había llegado tan asombrosamente la ambición autoritaria al punto de extender sus leyes, terrores y crímenes a la manifestación artística más abstracta y autónoma, la música. La persecución dictatorial stalinista no dudó en morder el pentagrama: un castrante y conocido decreto de 1948 dictaba las reglas santas que en lo sucesivo debían acatar y venerar los compositores soviéticos, principalmente Prokofiev, Shostakovich, Khachaturian, Miaskovsky, Shebalin "y otros cuyas composiciones representan de manera clarísima —decía la resolución— las perversiones formalistas y las tendencias antidemocráticas en la música, que son ajenas al público soviético y a sus gustos estéticos. Esta música tiene el mismo hedor que la música contemporánea, modernista y burguesa de Europa y América, la cual refleja la decadencia de la cultura burguesa, la negación total y el callejón sin salida del arte musical". La nueva música soviética debía ser, entonces, accesible, con dedicación al pueblo, carente

de disonancias e innovaciones de armonía y lenguaje, melódica, tonal, nacionalista de preferencia, y recomendable era que glorificara al paraíso comunista soviético y su dios Stalin.

Muy mala fue para los compositores rusos la ignorancia tiránica de Stalin y sus secuaces: peor les hubiera ido quizás si Stalin y sus secuaces hubieran entendido algo de música, lo suficiente por ejemplo para discernir la veneración del veneno y darse cuenta de que sus dos compositores de genio, Prokofiev y Shostakovich, escapaban de la cárcel de tarde en tarde para cometer transgresiones llamadas Sonatas para piano "de guerra" núm. 6, núm. 7 —¡Premio Stalin!— y núm. 8, el primero —en parte respuestas irónicas, tormentosas y agresivas al dictador, como ha observado Gerardo Deniz—; o, el segundo, Quinteto para cuerdas y piano —también aspirante al Premio Stalin, que finalmente obtuvo Shostakovich con *La canción de los bosques*— o bien, como apunta Carlos Prieto en el libro que enseguida comentaremos, Sinfonía núm. 10, cuyo segundo movimiento, "con su extraordinaria y diabólica violencia —escribe Prieto—, es una especie de retrato musical del dictador". Otros, como Aram Khachaturian, quien logró obras importantes como una Sonata para violín y piano, un Concierto para piano y orquesta

—por ejemplo, intervino en 1964 a favor de Iosif Brodsky—, a un crítico sarcástico de Stalin desde partituras como la cantata satírica *Rayok (El pequeño paraíso)* que junto con otras obras anticomunistas ocultó cuidadosamente durante años, un secreto admirador de Stravinsky —cuando éste volvió a Rusia en 1962, cuenta Prieto, Shostakovich le obsequió una transcripción para dos pianos realizada por él de la *Sinfonía de los Salmos*—, un artista que había decidido dar la lucha desde su música y que componía dos tipos de obras: las dictadas por el comunismo soviético y las nacidas de su arte más genuino y profundo. Hasta la cautela y la sumisión conocen un límite, y cuando el presidente de la Casa de los Compositores en Moscú anunció el Cuarteto núm. 8 (1960) adornándolo con panegíricos de la guerra, el heroísmo del pueblo soviético y el Partido Comunista, Shostakovich —lo refiere Dubinsky y lo cuenta Prieto— brinó de su asiento: “¡No, no!... El cuarteto soy yo, yo personalmente, protestando contra cualquier tipo de fascismo”. La grandeza espiritual de Shostakovich está sin duda en mucha de su música, pero me parece que Prieto se apresura a justificar sus ambivalencias humanas sin considerar, más allá de la vocación heroica, la opción más digna para el hombre dentro de sistemas totalitarios: el exilio. Por todos conceptos notorio es el contraste con el ejemplo de Stravinsky —y de muchos otros exiliados, que el propio Prieto enumera detalladamente: Ashkenazi, Rostropovich, Gidon Kremer, Arvo Pärt, Nureyev, Brodsky, Solzhenitzyn, Sinyavsky, Ginsburg, Tarkovsky...—. La obra y la evolución musical de Stravinsky jamás se dejó castigar por circunstancias externas y toda ella, en su riqueza, diversidad y poder de renovación, es una gran prueba de la libertad creadora. A los 80 años de edad pudo realizar Stravinsky el sueño oculto de todo exiliado: pisar nuevamente la tierra natal, de la que había despegado hacía medio siglo. Sólo que sus palabras al pisarla fueron: “Hace cincuenta años salí de Rusia. Hoy llego a la Unión Soviética. La saludo”, y no, como lo hizo decir *Pravda*: “Saludo a la Unión Soviética, noble y admirable país”. Prieto registra de primera mano la gran emoción que agitó a Stravinsky durante su visita a la URSS así como varias frases que le confió entonces el genial compositor y que son típicas de su ingenio y

su incorregible aspereza: “La religión de Lenin es el opio de los pueblos”; “¿Quién puede necesitar música como la de Jachaturian? *Tout sa musique est laide et vulgaire!*”; “Yo nunca pienso en Shostakovich; sólo pienso en él cuando alguien me pregunta ‘¿qué piensa usted de Shostakovich?’”

Éstas y otras revelaciones interesantes aporta el libro de Carlos Prieto y no sólo sobre música, pues ya desde su título rebasa esta columna. *De la URSS a Rusia* explora la curiosa conjugación profesional del autor —economista, ingeniero, industrial y músico que sabe y puede promoverse en el extranjero, aunque también le ha preocupado promover la música de Ginastera, Piazzolla, Ponce, Enríquez y otros latinoamericanos— para revelar, por ejemplo, datos directos y concretos sobre la magnitud del crimen masivo en las plantas industriales de Chernobyl, cuidadosamente encubiertos antes de la *Glasnost*. Ciertamente el libro cae también, y profundamente, hay que decirlo, en la bitácora de la nimiedad —detalles de giras, vuelos, horarios, retrasos, recepciones, menús—, la autocomplacencia —inventario de elogios y autoelogios— y la autopropaganda —spots de próximos libros,

próximas giras, casi próximos éxitos del autor—. Pero junto con todo esto encontramos testimonios e historias personales que hablan elocuentemente del clima opresivo hasta antes de la era Gorbachov: la burocracia infinita, la manipulación y la tergiversación de la información, la censura, la sofocación de las libertades individuales bajo pretexto de ilusorias mejoras materiales, la psiquiatría como herramienta de represión, los campos de concentración, el terrorismo y el crimen. También analiza Prieto *in situ* el alivio operado gracias a la *Glasnost* y la insuficiencia de la *Perestroika*, el desastre de la economía rusa y la necesidad de una apertura de mercado, el acierto de las críticas de Yeltsin a la esperanza de Gorbachov de que el Partido Comunista se podía reformar. Muchas cosas que ojalá nuestros empecinados camaradas de izquierda tratan de oír.

El compositor georgiano Sulján Tzintzadze (1926) le dijo a Carlos Prieto: “Todos en Georgia estamos felices con nuestra nueva independencia. ¡No tenemos ya nada, pero somos independientes!” Y tiene toda la razón. Pues sin libertad no hay arte. Y sin arte, yo creo, no hay verdadera libertad. □

Carta de Guadalajara De afinidades y travesías

Juan José Doñán, Jorge Esquinca,
Juan Palomar Vereá, María Palomar

Entre Carlos Pellicer y Guadalajara se dio una de esas raras afinidades electivas de que habla Goethe. El poeta nunca ocultó su entusiasmo por una ciudad a la que gustaba llamar con el epíteto de “La incomparable”. Los tapatíos, por su parte, es decir muchos de sus mejores espíritus, siempre vieron y han sabido ver en Pellicer no sólo al gran poeta, sino también al hombre bueno que fue.

La relación entre la ciudad y el poeta, que duró más de medio siglo y sólo fue

interrumpida por la muerte de una de las partes, no se limitó al puro campo intelectual. Desde fines de la década de los diez hasta pocos años antes de su muerte, ocurrida en 1977, fue colaborador de varias de las revistas literarias tapatías más importantes del siglo y de algunas otras no tan importantes; fue amigo puntual y entrañable de la inteligencia católica de esta ciudad (José Arriola Adame, Efraín González Luna, Luis Barragán, José Ruiz Medrano...); cliente de

la Valentina, creadora del pollo que lleva su nombre y cuya fonda visitaba cada que venía a Guadalajara; admirador de Abel Verónico, el extremo izquierdo de fantasía que tuvo el Atlas a principios de los setenta.

Pellicer estuvo numerosas veces en Guadalajara. La primera de ellas, allá a principios de los años veinte, cuando trabajaba con el entonces ministro de Educación Pública, José Vasconcelos; la última en 1973, cuatro años antes de su muerte. Pero entre todas sus visitas tapatías es posible que la más jubilosa haya sido la que realizó en enero de 1960 para la *premier mundial de Hora de junio*, de Silvestre Revueltas, basada en tres sonetos suyos.

El acto tuvo lugar en el Teatro Degollado de la capital jalisciense el 30 de enero de 1960, dentro de un concierto en homenaje a Silvestre Revueltas, con motivo del vigésimo aniversario de su muerte e integrado únicamente con obras del compositor duranguense: *Fanfarría y canto de guerra*, *La noche de los mareas*, *Parlón*, *Hora de junio* e *Itinerarios*. Según el programa de mano, todas las obras se tocaban "en primera audición mundial". La orquesta fue la Sinfónica de Guadalajara, dirigida por el también organizador del concierto, José Yves Limantour, homónimo de su abuelo: el ministro de Hacienda de Porfirio Díaz. Carlos Pellicer participó como narrador de *Hora de junio*.

Se murió Léo Ferré. Se va con él parte de una de las más entrañables e indómitas tradiciones de la poesía francesa. Y también se queda con él, entre nosotros, el recuerdo de tantas noches *tour à tour* lúcidas y alucinadas, mientras desde el foro de l'Olympia o Bobino Ferré, como un león desatado, aporreaba y acariciaba su piano. A través del tiempo y las generaciones la influencia de la canción francesa se decanta y confunde en el torrente generoso de esa gran arteria espiritual que desde las tierras galas ha irrigado por siglos nuestra cultura. Desde Villon hasta Astérix y el belga Tintin. Los que crecimos en la complicidad de la irreverente revuelta que forman Claudel, Rabelais y los Dalton, en alegre confusión con las novelas de Verne, la música de Debussy, los viejos números de *L'Illustration* y tantas otras cosas que de Francia nos llegaron, encontramos en Ferré uno de los más punzantes vehículos

de la gran poesía. Excesivo, desbordante, filoso y delicado. Su voz y sus canciones, como un latigazo luminoso, cruzan y señalan buena parte del siglo. El viejo tocadiscos gira en la penumbra de un corredor tapatío. Entre el *scratch*, Ferré declara:

Le pick-up du tonnerre et les gants de la pluie
La voix d'André Breton l'absinthe de Verlaine
Les âmes de nos chiens en bouquets réunies
Et leur paroles dans la nuit comme une traine

Para reincidir en un tema que de pronto descubrimos más cercano de lo que sospechábamos: "Memorias/La tribu" de Pablo Antonio Cuadra, poema publicado en *Vuelta* 199 trae de nuevo resonancias familiares. Cuadra menciona, al hacer el recuento de sus deslumbramientos, cómo

el profesor jesuita Jaime Castiello nos sentó en el aula
llena de brisas y rumores lacustres
y levantó, ante nuestro asombro, el velo del misterio...

Castiello fue tapatío (1898-1937). Renombrado maestro de generaciones que lo recuerdan con devoción, murió prematuramente en un accidente de automóvil. Se extraña, a la luz de algunos de los actuales talentos jesuiticos, a gente de su talla y aliento. Otro Jaime Castiello, sobrino del sacerdote, supo levantar en otras aulas otros velos —los de la historia de la arquitectura— a quienes fuimos sus alumnos. Víctima de otra muerte temprana, este fino arquitecto dejó en Guadalajara una honda huella. Hoy, en esta página, queremos recordarlo.

(Cabría mencionar de paso, y ya que hablamos de jesuitas, la extraordinaria exposición del barroco sevillano que por estos días puede verse en el Centro de Arte Contemporáneo. Entre las obras que ahí pueden verse está la serie que Valdés Leal pintara describiendo la gesta de Ignacio, el de Loyola.)

Triste realmente ha sido el desempeño de los últimos cuatro delegados regionales del INAH en Jalisco. A su dudoso arraigo en estas tierras se han sumado una pusilanimidad inconcebible y una

abyecta sujeción a la "línea" tortuosa y ambigua de la alta burocracia con sede en México. Todavía no se dilucida el terrible robo perpetrado en el museo de Guadalajara (que aún no nos explicamos por qué razón depende de ese organismo federal), todavía escuece la pérdida absurda del ciprés de la catedral, todavía está en el aire la ignominia que fue el cese de Cuauhtémoc de Regil, empleado capaz y honesto y por ello demasiado incómodo para los incondicionales servidores del centralismo. Fugaces han pasado los últimos dos titulares (uno de ellos ostentaba como el más glorioso punto de su *curriculum* el haber sido secretario particular de Fausto Zapata en su tan desastoso cuanto efímero paso por el gobierno de San Luis Potosí...) El actual director del centro regional del INAH lleva apenas unos meses en el puesto y ha dado al menos una prueba de sensatez al declarar (*Siglo 21*, 20 de julio) que "el caso del ciprés sí provocó descrédito del INAH". Algo es algo. Pero a ver qué hace respecto de casos alarmantes de deterioro y pérdida del patrimonio como el que, al día siguiente de la publicación de la entrevista, expone el mismo diario: "el ayuntamiento de Magdalena exigirá una indemnización a la constructora ICA por el destroz de las ruinas de Huitzilapán y advirtió que el trazo de la carretera amenaza otras ruinas prehispánicas de Tequila y Amatitlán". Es de esperar que los jaliscienses corramos con mejor suerte que los ciudadanos de Baja California Sur, donde el INAH se ha mostrado incapaz de frenar la larga serie de despojos que Carlos Montemayor describe en su artículo de *La Jornada* del 1º de septiembre.

Una de cal por tantas de arena: en los tristes tiempos que corren por estas tierras, pocas cosas alientan más que los gestos decididos que revelan una fe que íbamos creyendo perdida en los valores de la cultura. El gobierno del estado, en un gesto que lo honra, decidió respaldar sin reservas los esfuerzos por conservar para los jaliscienses la herencia de Luis Barragán. De ella, la casa del arquitecto y su colección de arte son las piezas maestras. Incluye la que es, sin duda, la más rica muestra de la obra de otro coteráneo ilustre: Jesús Reyes Ferreira. Con las dificultades que se viven, con las estrecheces financieras que aquejan a nuestro estado, la iniciativa del actual

gobierno de Jalisco es nuestra de generosidad y también una ilustrada apuesta por los valores del espíritu.

Durante los últimos tres días de julio un paracaídas de gajos blancos y naranjas desplegó su corola bajo el cielo de piedra del antiguo convento del Carmen. Con él llegó Vicente Huidobro quien, a decir de los otros nueve poetas que lo acompañaron, ha cumplido cien años y goza de cabal salud. No sabemos con certeza qué raro numen llevó al autor de *Aliador* a escoger esta capital como primera escala de su viaje finisecular. El suceso congregó a un numeroso contingente de admiradores festejantes, aeronautas incógnitos y no pocos curiosos atraídos por el morbo de enterarse cómo es que a los cien años un poeta puede seguir arrojándose al vacío. Silvia Eugenia Cas-

tillero, Ricardo Castillo, Elsa Cross, Luis Vicente de Aguinaga, David Huerta, Hernán Lavín Cerdá, Eduardo Milán, Vicente Quirarte y Eliot Weinberger fueron, en estricto orden alfabético, comisionados para recibirlo y dar fe de su pasión aérea. Luego de tres días, el navegante mayor, como el caballo de la fuga interminable, emprendió el vuelo, parece ser que —ahora sí— rumbo a su natal Chile. Uno de los momentos que no habremos de olvidar quienes asistimos para desearle buen viento fue la conmovedora despedida de Eliot Weinberger quien, poseído por algún espíritu chamánico, interpretó —a todo pulmón— una particularísima versión del Canto VII que dejó pasmados a propios y extraños e hizo que el mismo Vicente —ya en lo alto— saludara quitándose el sombrero. □

mandarse por correo... ¡Qué Haya... mal Haya!...

Ha recibido a Genaro la gran nevada. Me malloreó unos versos: "¡Oh termómetro te bendigo—Pobre del Alcalde de Corck!—El invierno de Nueva York—Tiene una rosa en el ombligo. Los lagos del Central Park—Se hielan y se deshuelan—Aún las golondrinas vuelan—Y lo mismo pasa en Newark." Pero desde anoche están cayendo todas las toneladas de nieve que se habían trasconejado en el Polo y Genaro apostrofa: "Nieve, nieve, tan bien que te ves y tan mal que me caes"...

Sé que lo de la Secretaría, es un hecho y me alegro por México, por Vasconcelos y por Uds. todos. No sé aún si deberé alegrarme por mí mismo, y créeme que lo necesito... La crisis me ha atrasado mucho en mis asuntos de la Librería, sobre todo la crisis en Cuba donde me deben dinero, que me hace gran falta. Y a propósito quiero hablarte de algo que creo está en tu mano resolver... Se han publicado y se siguen publicando aquí libros sobre México, de gran interés; yo que estoy necesariamente al tanto de esos asuntos quisiera mandar a la Universidad, para sus bibliotecas, algunos ejemplares, ganando una moderada comisión...

2º — Tengo en existencia tres colecciones de los *Episodios*, teatro y novelas de Pérez Galdós y también desearía, en las condiciones ya dichas, venderlas a la Universidad.

3º — y el más importante: quiero vender a la Universidad, mi biblioteca de libros sobre China y el Japón; libros originales japoneses y colección de estampas chinas y japonesas. Dije más importante porque libros y estampas, traducidos en esencia y catalogados por mí, son el mejor material de estudio que en México pudiera proporcionarse a los estudiantes de esas materias, cuya importancia ética y estética tú aprecias muy bien. Los libros relativos a China y el Japón, son m/m 200; los libros japoneses, ilustrados y originales son 100; las estampas aproximadamente 150. Tú me dirás si les envío una información más completa.

Qué gusto me daría, teniendo ya Uds. esa documentación, hacer con ella una exposición y dar unas conferencias sobre Artes del Extremo Oriente! En un futuro viaje a México, en que sueño, pero que por ahora no puedo hacer...

Ah, México, vastos moles, hondos

Buzón de fantasmas

De José Juan Tablada a Julio Torri

Esta carta corresponde a la segunda estancia de Tablada en Nueva York, luego de su breve itinerario diplomático por América del Sur. "L'enfant terrible de su generación", como lo llamó Torri, joven en su literatura y en sus amistades, cultivaba las de Genaro Estrada, Alfonso Reyes y el Abate de Mendoza. Torri lo admiró enormemente. Si apreciaba la "gran sed de originalidad" de Tablada —que le dedicó en 1921 sus "Versos a una reina"—, éste denunciaba que las "extraordinarias facultades" de Torri se vieran limitadas por su "inexplicable pereza". Se trataron sobre todo en 1917 y 1918 y se reencontraron en 1922 cuando Torri —"descentrado, estupefacto, alónito... con esa doncella de old maid brutalmente desgarrada por el calibre de estos rascacielos neoyorquinos"— hace escala con Vasconcelos en Nueva York en viaje rumbo a Brasil. Las escasas cartas de Tablada a Torri se incluyen en mi edición de los

Epistolarios de éste último, en prensa en la Universidad Nacional.

Serge Zaitzeff

Señor Lic.
Julio Torri
México.

Nueva York.
Febrero 21
1921

Querido Julio: Acabo de tener el gran gusto de ver por aquí a Genaro y de hablar mucho de ti y de Uds. Casualmente iba yo a mandarte unos versos que te he dedicado; ya se los di a él y creo que va a mandarlos a México. Me atrevo a esperar que no desaprueres los refinados sentimientos que allí se expresan sobre el bello sexo, y los anhelos recónditos sobre una feminidad futura, más cercana de nuestro ideal. No todas las Matildes pueden realizar a Toulouse Lautrec... Acabo de recibir: "Bajo el Haya de Titiro"... No sabía yo que los cadáveres pudieran

pulques y sutiles mariguanas del Cahuatl, el Gato encantado por Carmen, cumplido ejemplar de la Circe mexicana, siempre vencedora de Ajuria el Odisseo de "Phalerno", a quien hipnotizan los ojos de Nausicaa, desde el fondo de las copas de ajeno. Y ¿Montenegro?... Genaro me dio la buena nueva de que trabaja admirablemente... ¿Ya conoces a Best Maugard, que tiene apariencia de *aigrette*, pero que es sustancioso, como una batea de Michoacán llena de ensalada de Noche-Buena?... Sabrás, Julito, que escribo una novela, que la concluyo ya, que se llama: "La Noche Mexicana" y en la que figuran tú,

Genaro; Montenegro; el General Dobleu; el Lic. Lozada; Dulce María; la "Roba-Chicos"; la Boloas; Cheché Gómez; el "abonero" Armenio; Sisebuta; Matute; el "Chamaco" Chavarria, Mochocho; brujos y brujas; emparedadas; como mil Generales; Ajuria; Han de Islandia, etc, etc.

No dejes de escribirme largo; no dejes de hacerlo pues aún puedo ponerle en mi novela, suspendido sobre el abismo de la diestra de aquel "Sapo" de cuyo nombre no puedo acordarme...

Te mando un abrazo, tuyo

José Juan Tablada □

Carta de Copilco Oh humanidad pigmea

Guillermo Sheridan

Los recientes misterios protagonizados por la sonda espacial *Mars Observer* me han hecho recordar cuando hace años, en la secundaria, nuestro profesor de física, el inusitado Radamés Cachón (alias "El Dado"), nos explicaba el universo. Describía la distancia entre la Tierra y la galaxia NGC 3201 (270 000 años luz¹), convulso en sofocos y sudores, para luego preguntarnos si habíamos entendido. Cuando nuestros pequeños rostros llenos de mudo estupor le contestaban, el profesor miraba al techo y, meneando negativamente el dedo de su cabeza, profería su exclamación favorita: "¡Oh humanidad pigmea!".

Esta exclamación favorita, que decía en yucateco y con el aire resignado de un sabio ofendido, nos impresionaba grandemente no sólo por la hondura del concepto sino también porque el profesor Cachón, como la segunda parte de su nombre lo indica, era yucateco y medía menos de metro y medio.

Tiempo después me pregunté por qué Radamés había calificado como primera parte del nombre del profesor Cachón. Imaginé la llegada a Mérida, por ahí de 1900, de la Compañía Internacional de Opera de Verdinerio Verdinerio, y ahí, sentado en la cuarta fila, cuando Aída en lugar de darle respiración artificial a Radamés le canta "Cadáver amado", al papá del profesor Cachón, licuándose de emoción y decidiendo *in situ* bautizar a su próximo hijo con el nombre del difunto.

El profesor Cachón no tardó, supongo, en preferir a la música de Verdi, la más silenciosa y vasta de las estrellas. Su propio cuerpo era un ejemplo de física; sus manitas se agitaban como protones frente al núcleo de su cabeza de "Dado", apodo que, a fe mía, era bastante escrupuloso. Más que la física, lo que le gustaba era deslumbrar con ella, convertirla en el referente inescrutable de la majestad de Dios. Cuando íbamos al Barrial, una propiedad campestre que tenían los maristas cerca de Monterrey,

ante el enorme cielo constelado, el profesor Cachón disertaba sobre las vastedades del cosmos, la Primera Causa y la contradictoria lejanía de Próxima Centauri en un *crescendo* que terminaba en la consabida "¡Oh humanidad pigmea!". Nosotros, mientras tanto, comíamos elotes.

La cátedra del profesor Cachón estuvo a punto de conducirme a la astrofísica. Se me regaló un precioso telescopio Zeiss-Ikon con el que no tardé en realizar audaces observaciones de cuanto planeta, estrella y galaxia se me puso enfrente. Pero mi abuela desplazó esa curiosidad con la superior fuerza gravitacional de los versos de Othón y Gutiérrez Nájera, que me solía decir con hermosa voz pausada. La brevedad del endecasílabo no tardó en parecerme más substancial que los cerros inacabables que mi profesor trazaba en el pizarrón.

La verdad es que no tenía cabeza para abarcar las diminuteces y vastedades de la física cuántica y de la relatividad general. A veces, cuando me da por leer libros de divulgación sobre esos asuntos (los fascinantes de Freeman Dyson o los de Adrian Perry), recuerdo a mi profesor y a su breve catadura obsesionada con esas eónicas distancias que nos sumergían en un vértigo convulsivo. En El Barrial, el profesor Cachón colocaba solemnemente en la cancha lo que él pronunciaba "un palón de pascuet", dirigía hacia él su pequeño índice y decía seriamente: "el sol". Luego comenzaba a caminar diciendo a cada paso: "mión de kilómetros, mión de kilómetros". Cuando por fin exclamaba: "ciento cincuenta miones de kilómetros" se paraba en seco, ponía solemnemente en el suelo un chicharo que se había robado de la cocina, lo señalaba con desdén y decía: "el planet-ha-t-hierra". Nosotros, iluminados de inmensidad, decíamos en voz baja "¡Oh humanidad pigmea!".

En realidad, el profesor Cachón no nos debería de haber estado asustando con esas cosas, sino con cuestiones de física más modesta. Pero bastaba acicatearlo un poco para ingresar a cuestiones más vastas. Cuando estábamos hartos de ver deslizarse la bola plateada sobre el plano inclinado, alguno le preguntaba "¿Qué va más rápido: la luz o un jet?", él sonreía y contestaba acumulando paciencia: "¿cómo va a ir más rápido un chet? ¿Saben cuántas veces le da la vuelta al mundo la luz mientras

¹ Todas las cifras son aproximadas.

el chet llega de Mérida a Monterrey?" Cuando todos decíamos que no, "El Dado" multiplicaba 300 000 km/s por 60 por 60, dividía entre 12 000 (el diámetro de la tierra) y concluía triunfalmente: "Noventa michones de veces". Luego agregaba: "sin escalas".

Otra noche memorable en El Barrial nos deslumbró con su aseveración de que las estrellas que vemos no son las estrellas sino el pasado de las estrellas, y de que no están donde las vemos, sino en otro lado. Las consecuencias de las cuatro dimensiones y la velocidad de la luz nos sobrecogían. Que la luz se doblara, que la masa se encogiera y que el tiempo se curvara nos conducía a consideraciones que se cebaban en un pasmo idiota. El célebre ejemplo de los gemelos de Einstein era el favorito: ambos tienen diez años. Uno se queda en la tierra estudiando con los maristas y el otro se sube a una nave espacial que viaja al 99% de la velocidad de la luz. Cinco años después llega el astronauta y tiene quince años, según el reloj de la nave. Pero su gemelo tiene cuarenta y

cinco, según el calendario de la tierra. ¿Qué se puede desprender de esto? Meditábamos la respuesta: el que se quedó en la tierra no sólo no paseó, sino que se quedó calvo y tiene úlcera. Estaba muy claro: si uno viaja a 299 000 km/s deja de envejecer, si va a 300 000 el viaje es instantáneo, si acelera a 301 000 km/s el tiempo comienza a correr para atrás, y, finalmente, si va uno a 300 000 pero de costado, llega a un año bisiesto (siempre y cuando, según el profesor, no se perdiera en un "mist-herioso oio negro"). Luego nos incitaba a estudiar para asumir nuestras futuras responsabilidades, como la para el inminente colonización de Venus. Glosaba para nosotros las teorías según las cuales era posible "coher y mandar un cojete" que vaciara cien toneladas de algas en la atmósfera de Venus con objeto de que, unos años más tarde, el irrespirable dióxido de carbono de la atmósfera venusina se convirtiera, gracias a la fotosíntesis de las algas, en un sabroso oxígeno que a su vez generaría las lluvias necesarias para enfriar al planeta. Luego, todo sucedería

muy rápido: la Comisión Interplanetaria le adjudicaría a México su zona venusina y de ahí a fundar la primera escuela marista de Venus —que dirigiría el profesor Cachón— sólo habría un paso (o un "cojete"). ¿Un México venusino? Sería fascinante ver las peseras atropellando venusinos con su letrero en la ventanilla: UNIDAD HABITACIONAL EINSTEINTEPEC. O a Martínez Domínguez diciendo un discurso sobre las responsabilidades de la juventud ante Venus. Y afuera de las escuelas oficiales escuchar a los niños cantando "Y retiemble en su centro el Venus", etc.

¿Qué habrá sido del profesor Cachón? Quizá en este mismo momento contemple el cielo en algún asilo para ancianos maristas y tenga horrorizado a su vecino con la cantidad de años luz que le tomaría llegar a las Pléyades. Quizá, como tantos de nosotros, observe la noche, y al ver el pasado de las estrellas que no están donde parecen estar, se diga como el poeta: *soy hombre, duro poco, y es enorme la noche...* □



Vasija con imágenes de una visión ritual